

IX

**EN EL QUE EL PLAZO TRASCURRE SIN  
RESULTADO NI PARA MARCEL LORNANS  
NI PARA JUAN TACONNAT.**

No está un gallo más alegre a las primeras horas de la mañana que Juan Taconnat al saltar de su lecho, despertando a Marcel Lornans con sus trinos matinales. Tenía ante sí quince días para transformar en su padre adoptante a aquel hombre bimillonario.

Clovis Dardentor no abandonaría a Orán antes de la celebración del matrimonio de Agatocles Desirandelle con Luisa Elissane. ¿Acaso no serviría de testigo al hijo de sus antiguos amigos de Perpignan? Por lo menos transcurrirían cuatro o cinco semanas

hasta que la ceremonia nupcial se efectuase. Pero, a decir verdad, ¿se celebraría?

Aquel sí y aquel pero revoloteaban en el cerebro de Marcel Lornans. Parecía a éste inverosímil que el insípido mozuelo llegase a ser marido de aquella adorable joven, pues por poco tiempo que la hubiere visto a bordo del *Argelés*, creía que era faltar a sus deberes no adorarla. Se explica que el señor y la señora de Desirandelle viesan en su Agatocles un esposo conveniente para Luisa. Un padre y una madre están dotados de un «golpe de vista especial», como diría el señor Dardentor, en lo que a sus hijos se refiere. Pero era inadmisibile que el señor Dardentor no se diera cuenta, más tarde o más temprano, de la nulidad de Agatocles, y que no reconociera que dos seres tan diferentes no habían nacido el uno para el otro.

A las ocho y media el señor Dardentor y los parisienses se encontraron en el comedor para desayunarse. El primero estaba de buen humor. La víspera había comido bien y dormido perfectamente por la noche. Con un magnífico estómago, un excelente sueño y una conciencia tranquila, se puede estar bien seguro del día de mañana... ¿Cuándo, si no?

-Jóvenes- dijo el señor Dardentor mojando su bollo en una taza de excelente chocolate-, desde ayer por la tarde no nos hemos visto, y la separación me ha parecido muy larga.

-Usted se nos ha aparecido en sueños, señor Dardentor, con la cabeza rodeada de un nimbo-  
respondió Juan Taconnat.

-¡Cómo un santo! ¿Y cuál?

-Algo como el patrón de los Pirineos Orientales.

-Vamos, señor don Juan, ¿ha recobrado usted su alegría de costumbre?

-Como usted lo dice- afirmó Marcel Lornans-; pero está expuesto a volverla a perder.

-¿Por qué causa?

-Porque va a ser preciso que nos separemos de nuevo, señor Dardentor.

-¡Cómo! ¡Separarnos!- Sin duda, puesto que la familia Desirandelle le reclamará a usted.

-¡Poco a poco! ¡Yo no consiento que se me monopolice de ese modo! ¡Que de cuando en cuando acepte un rato de conversación en casa de la señora de Elissane, sea! ¡Pero que se me sujete allí para siempre, eso no! La mañana y la tarde me las reservo, y confío en que las emplearemos recorriendo juntos la ciudad y sus alrededores.

-Con mucho gusto, señor Dardentor- exclamó Juan Taconnat.- No quisiera separarme de usted ni un paso.

-¡Ni un paso!- respondió Clovis-. Me agrada la juventud, y me parece que me quito la mitad de los años de encima cuando estoy con amigos que tienen la mitad de mi edad. Y bien contado, yo podría ser padre de ustedes.

-¡Ah, señor Dardentor!- exclamó Juan Taconnat sin poderse contener.

-¡Permanezcamos, pues, juntos, jóvenes! Ya es bastante conque tengamos que separarnos cuando yo salga de Orán para ir... a fe mía que no sé dónde.

-¿Después del casamiento?- preguntó Marcel Lornans

-¿Qué casamiento?

-El de Agatocles.

-Es verdad; ya no me acordaba. ¡Ah, qué joven más hermosa es la señorita Luisa Elissane!

-Tal la hemos encontrado desde que fue a bordo del *Argelés*- añadió Marcel Lornans.

-También yo, amigos míos. Pero desde que la he visto en casa de su madre tan graciosa, tan atenta, tan... en fin, ¡que ha ganado un ciento por ciento pa-

ra mí! Verdaderamente, ese mentecato no tiene motivos para quejarse.

-Si él agrada a la señorita Elissane-, insinuó Marcel Lornans.

-Sin duda... Ambos se han conocido desde la infancia.

-¡Y aun desde antes!- dijo Juan Taconnat.

-Agatocles es un buen muchacho, aunque algo... algo...

-Algo mucho- dijo Marcel Lornans.

-Y hasta más de mucho- añadió Juan Taconnat.

Y murmuró aparte:

-¡No es el que conviene a la señorita Elissane!

No creyó que era el momento oportuno para afirmar esta opinión ante el señor Dardentor, que continuó la frase comenzada.

Si..., algo..., convengo en ello. Pero se despabilará como una marmota después del invierno.

-¡Y no quedará menos marmota!- no pudo menos de decir Marcel Lornans.

-¡Un poco de indulgencia, jóvenes, un poco de indulgencia!- exclamó el señor Dardentor.- Si Agatocles viviese solamente con parisienses como ustedes, estaría domesticado antes de dos meses; ustedes debían darle lecciones.

-¡Lecciones de talento a cien sueldos!- exclamó Juan Taconnat.- Esto sería robarle el dinero.

El señor Dardentor no se dio por vencido. Aunque el heredero de los Desirandelle fuese más pesado que el plomo, añadió:

-Basta, señores, basta. Olvidan ustedes que el amor es huésped de los espíritus más ineducados, y hasta de los animales, y él llenará el de joven...

-¡*Gagatocles!*- acabó Juan Taconnat.

Al oír este chiste el señor Dardentor, no pudo menos de soltar la carcajada.

Marcel Lornans volvió a hablar de la señorita Elissane. Preguntó la clase de vida, que llevaba en Orán. ¿Qué tal, había el señor Dardentor encontrado su casa?

-Una lindísima casa alegrada por la presencia de un pájaro encantador. Ustedes lo verán.

- Si no es una indiscreción- observó Marcel Lornans.

-Si yo les presento a ustedes, no. Pero hoy no puede ser. Preciso es dejar que Agatocles tantee el terreno. Mañana veremos. Ahora no nos ocupemos más que de nuestras expediciones; la ciudad, su puerto, sus monumentos.

-¿Y nuestro alistamiento?- dijo Marcel Lornans.

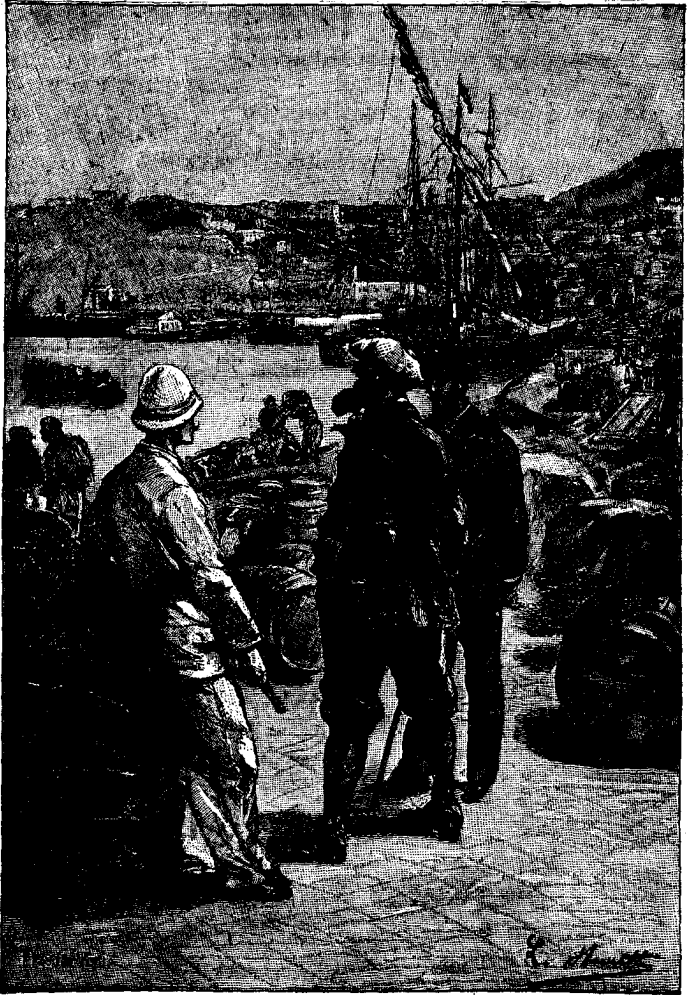
-No corre prisa. No ha de ser hoy, ni mañana, ni pasado... Al menos esperen a la boda.

-Esto podría tal vez significar que esperaríamos hasta la edad de la reserva.

-¡No, no tanto! ¡Qué montón de frases que hubieran hecho torcer el gesto al ceremonioso Patricio!

-Así, pues- exclamó Clovis Dardentor-, no se hable más de alistamiento por ahora.

-Seguramente- dijo Juan Taconnat.- Nos hemos dado un plazo de quince días. Si hasta entonces no ha cambiado nuestra situación, si nuevos intereses...



-¡Bien, amigos míos, no discutamos!- exclamó Clovis Dardentor.- Se han dado ustedes un plazo de quince días. Yo los tomo y los doy por recibidos; durante este tiempo me pertenecen ustedes. Real-



mente, yo no me he embarcado en el *Argelés* sino porque sabía que había de encontrarles a ustedes a bordo.

-¡Y a pesar de eso ha faltado usted en el momento de la partida, señor Dardentor!- respondió Juan Taconnat.

En el colmo del buen humor, Dardentor se levantó de la mesa y pasó al salón donde estaba Patricio.

-¿Tiene el señor algo que mandarme?

-¡Órdenes!... ¡Órdenes!... Te doy licencia durante todo el día. ¡Métete esto en la cabeza y no vuelvas hasta las diez!

Mohín desdeñoso de Patricio, que no agradeció a su amo licencia dada en tan vulgares términos.

-¿De forma que el señor no desea que le acompañe?

-Lo que deseo, Patricio, es perderte de vista... ¡Conque vuelve tus talones!

-El señor me permitirá hacerle una advertencia.

-Sí... Con tal de que desaparezcas en cuanto me la hagas.

-Pues bien: el consejo se reduce a que el señor no suba a un coche antes de que el cochero esté en el

pescante. Esto podría acabar, no en una bendición, sino en un vuelco.

-¡Anda al diablo!

Y Clovis Dardentor bajó la escalera de la fonda entre los dos parisienses.

-¡Tiene usted un buen tipo de criado!- dijo Marcel Lornans.- ¡Qué correcto! ¡Qué distinguido!

-Y ¡qué afectado en sus maneras! Pero es un mozo honrado, que se arrojaría al fuego por salvarme.

-¡No sería él solo, señor Dardentor! exclamó Juan Taconnat, que, llegado el caso, hubiera procurado disputar a Patricio el papel de salvador.

Aquella mañana, Clovis Dardentor y los dos primos vagaron por los muelles de la ciudad baja. El puerto de Orán ha sido construido sobre el mar. Un largo muelle le cubre, y está dividido en ensenadas. El total comprende una superficie de veinticuatro hectáreas.

Si los dos jóvenes no se entusiasmaron con el movimiento comercial que da a Orán el primer puesto entre las ciudades argelinas, el antiguo industrial de Perpignan, manifestó un vivísimo interés. El cargamento de las *alfas*, que son objeto de una explotación considerable, y que suministran en abundancia los vastos territorios del Sur de la pro-

vincia; la expedición de las bestias, de los cereales, del azúcar; el embarco de los minerales extraídos de la región montañosa; todo esto era para agradar al señor Dardentor.

Aseguro a ustedes que pasaría muchos días entre el tumulto de estos negocios. Me encuentro aquí como me encontraba en otra época en mis almacenes repletos de mercancías. No es posible que Orán pueda ofrecer nada más curioso.

-Si no es sus monumentos, su catedral sus mezquitas- respondió Marcel Lornans.

-¡Bah!- dijo Juan Taconnat, queriendo lisonjear los intereses de su padre en perspectiva-, yo no estoy lejos de pensar como el señor Dardentor. Este movimiento es de los más interesantes; esos navíos que entran y salen, esos camiones cargados de mercancías, esas legiones de mandaderos de tipo árabe... Ciertamente que en el interior de la ciudad hay edificios que ver, y nosotros los veremos... Pero este puerto, este mar, esa agua azulada donde se reflejan los mástiles...

Marcel Lornans le lanzó una mirada burlona.

-¡Bravo!- exclamó Clovis Dardentor... - ¡Cuando no hay agua en un paisaje, me parece que falta algo! En mi casa de la plaza de la Loge tengo varios cua-

dros de excelentes firmas, y siempre está el agua en primer lugar. Sin esto no los compraría.

-¡Lo entiende usted, señor Dardentor!- respondió Marcel Lornans-Así es que vamos a buscar esos sitios en que haya agua. ¿Prefiere usted que sea dulce?

-Poco importa eso, puesto que no se trata de beberla.

-¿Y a ti Juan?

-Tampoco... ¡Con tal que me sirviera para lo que deseo!- respondió Juan Taconnat, mirando a su amigo.

-Pues bien- añadió Marcel Lornans- encontraremos agua; además de que en el puerto, y después del Joanne, hay el torrente de Rehhi, cubierto en parte por el boulevard Oudinot.

Aquella mañana fue empleada en recorrer los muelles del puerto, después de cuya visita el señor Dardentor y los dos parisienses regresaron a la fonda para almorzar. Tras de dos horas dedicadas a la siesta y a la lectura de los periódicos, Clovis Dardentor hizo el siguiente razonamiento, que comunicó a sus jóvenes amigos:

-Lo mejor sería dejar para mañana el paseo por el interior de la ciudad.

-Y ¿por qué?- preguntó Marcel Lornans.

-Porque tal vez los Desirandelle censurarían mi falta. Esta noche como en casa de la señora de Elisane. Desde mañana será otra cosa. Hasta la vista, pues.

Y Clovis Dardentor tomó el camino de la calle del Castillo Viejo.

-Cuando no estoy a su lado- dijo Juan Taconnat-, temo siempre que le suceda alguna desgracia.

-¡Buen corazón!- respondió Marcel Lornans.

Inútil sería insistir en que el señor Dardentor fue recibido con placer vivísimo en casa de la señora de Elissane, y que Luisa, que simpatizaba instintivamente con el excelente hombre, le demostró gran amistad. En cuanto al hijo de los Desirandelle, no estaba allí, pues prefería vagar por fuera, y no aparecía más que a las horas de las comidas. Tomó asiento en la mesa a la derecha de Luisa, pero apenas si la dirigió la palabra. Realmente, el señor Dardentor, sentado junto a ella, no era hombre que dejase languidecer la conversación. Habló de todo: de su departamento, de su ciudad natal, de su viaje a bordo del *Argelés*, de sus aventuras en Palma, de su galera arrastrada por los caballos desbocados, de su soberbia entrada en la iglesia de Santa Eulalia, de

sus jóvenes amigos de veinte años, por más que sólo los conociera de tres días, con lo que se veía en la necesidad de fechar aquella amistad en el año siguiente al del nacimiento de los dos primos.

El resultado fue que Luisa Elissane sintió un secreto deseo de que su madre admitiese en su casa a los dos parisienses, y no pudo contener un gesto de aprobación cuando el señor Dardentor propuso presentarles.

-Se los presentaré a usted, señora de Elissane-dijo-, se los presentaré a usted mañana. Son jóvenes muy apreciables, y no sentirá usted haberlos recibido.

Tal vez la señora de Desirandelle encontró aquella proposición, por lo menos inoportuna. No obstante, la señora de Elissane creyóse en el deber de acceder. No tenía nada que rehusar al señor Dardentor.

-¡Nada que rehusarme!- exclamó éste.- Le cojo a usted la palabra, querida señora. Aparte de esto, nunca pido más que cosas razonables. Lo mismo a mí que a los demás..., y se me pueden conceder como yo me las concedo... Pregúnteselo usted al amigo Desirandelle.

-Sin duda- respondió sin mucha convicción el padre de Agatocles.

- Está convenido- añadió el señor Dardentor.- Los señores Marcel Lornans y Juan Taconnat vendrán mañana a pasar la velada aquí... Y a propósito, Desirandelle, será usted de los nuestros para visitar la ciudad desde las nueve hasta el medio día.

-Usted me dispensará, Dardentor. Deseo no abandonar a estas señoras y hacer compañía a nuestra querida Luisa.

-Como usted guste... como usted guste. Lo comprendo. ¡Ah!, señorita Luisa, ¡cuánto la quiere a usted ya esta excelente familia, en la que va usted a entrar!... Y bien, Agatocles, hijo mío, ¿no dices nada? ¿ No encuentras encantadora a Luisa?

Agatocles creyó muy espiritual responder que no decía en voz alta lo que pensaba, y que pensaba que valía más decirlo bajo... En fin, una frase vulgar que nada significaba y en la que se hubiera embrollado de no ayudarle el señor Dardentor.

Y Luisa, que no procuraba ocultar el desencanto que aquel imbécil la producía, miraba al señor Dardentor con ojos asombrados, mientras la señora de Desirandelle decía para animar a su hijo:

-¡Es gentil!

Y el señor Desirandelle:

-¡Y cuánto la quiere!

Evidentemente, Clovis Dardentor procuraba no ver nada. En su opinión, estando decidido el matrimonio era como si se hubiera efectuado, y no concebía que no se efectuara.

Al segundo día, siempre jovial, resplandeciente y dispuesto, Clovis Dardentor, en compañía de los dos parisienses, se encontraba ante su taza de chocolate.

Y antes de nada les comunicó que pasarían juntos la velada en casa de la señora de Elissane.

-Ha tenido usted una excelente idea- respondió Marcel Lornans.- Durante nuestra estancia de guarnición, tendremos al menos una casa agradable que visitar.

-¡Agradable!... ¡Muy agradable! respondió Clovis Dardentor.- Verdad que después del matrimonio de Luisa...

-Es verdad- respondió Marcel Lornans... - Hay el matrimonio.

-Al que serán ustedes invitados.

-Señor Dardentor- respondió Juan Taconnat-, usted nos confunde. No sé cómo podremos agradecerle... Usted nos trata...



-¡Cómo a hijos! ¿Acaso mi edad no me permitiría ser padre de ustedes?

-¡Ah, señor Dardentor, señor Dardentor!- exclamó Juan Taconnat con acento que indicaba muchas cosas.

Emplearon todo el día en recorrer la ciudad. Pasearon por el paseo de Turín, plantado de hermosos árboles; por el bulevar Oudinot, por la plaza de la Carrera y las del Teatro, de Orleans, de Nemours.

Tuvieron ocasión de observar los diversos tipos de la población de Orán, mezclados con soldados y oficiales, de los que un regular número vestía el uniforme del 7.º de cazadores de África.

-Es muy elegante ese uniforme- repetía Clovis Dardentor.- Les sentará a ustedes admirablemente... Les veo a ustedes ya brillantes oficiales en camino de un buen matrimonio. Decididamente el oficio de soldado es soberbio... cuando se tiene vocación... y pues ustedes la tienen...

-¡Eso está en la sangre!- respondió Juan Taconnat.- ¡Heredamos esto de nuestros abuelos, bravos comerciantes de la calle de Saint- Denis!

Encontraron judíos con traje marroquí, judíos vestidos de telas bordadas en oro, moros paseando

su indolencia por las calles llenas de sol; en fin, franceses y francesas.

No hay que decir que Clovis Dardentor se manifestaba entusiasmado por cuanto veía; pero tal vez sentía acrecentarse su interés cuando los azares de la excursión le llevaban ante algún establecimiento industrial, tonelería, fábrica de fideos o de tabaco.

En efecto: ¿por qué no confesarlo? Su admiración se contuvo en los límites moderados en presencia de los monumentos de la ciudad; la catedral, que fue reedificada en 1839, sus tres naves, la Prefectura, el Banco, el teatro, edificios modernos por lo demás.

Respecto a los dos jóvenes, prestaron seria atención a la iglesia de San Andrés; una antigua, mezquita rectangular, cuyas bóvedas reposan sobre los arcos de hierro de la arquitectura morisca, y que termina en un elegante minarete. Esta iglesia, sin embargo, les pareció menos curiosa que la mezquita del Bajá, cuyo pórtico en forma de *koubba* es muy admirado por los artistas. Tal vez se hubiesen detenido más tiempo ante la mezquita de Sidi-el Haouri y sus tres arcadas, si Clovis Dardentor no les hubiera advertido que el tiempo urgía.

Al salir, Marcel Lornans vio en el balcón del minarete un personaje que, armado de un antejo de larga vista, recorría el horizonte.

-¡Calla!- dijo.- ¡El señor Oriental!

-¿Cómo? ¿Ese descubridor de estrellas? ¿Ese registrador de planetas?- exclamó Clovis Dardentor.

-El mismo... y su antejo.

-¡El antejo podrá ser, pero él no! afirmó Juan Taconnat.- Desde el momento en que no come no es el señor Oriental.

Sí que era el Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar, que seguía al astro radioso en su carrera diurna.

En fin, los señores Dardentor, Marcel Lornans y Juan Taconnat tenían gran necesidad de descanso cuando entraron en la fonda a la hora de la comida.

Patricio, aprovechándose, sin abusar, de la licencia de su amo, había vagado metódicamente por las calles, no creyéndose obligado a verlo todo en un solo día, y enriqueciendo su memoria con preciosos recuerdos.

Así es que se permitió censurar la conducta de su amo, que, en su opinión, no demostraba la necesaria moderación en sus actos, arriesgando fatigarse. Obtuvo por respuesta que la fatiga no hacía presa

en un natural de los Pirineos Orientales, el que le envió a la cama. Lo que hizo el sirviente a eso de las nueve, no metafóricamente, sino de un modo material, después de encantar con sus perfectos modales a la gente de la cocina.

A dicha hora el señor Dardentor y los dos primos llegaban a la casa de la calle del Castillo Viejo. Las familias Desirandelle y Elissane se encontraban en el salón. Presentados por Clovis, Dardentor, Marcel Lornans y Juan Taconnat fueron recibidos con gran amabilidad.

La velada fue una de tantas veladas burguesas: una ocasión de hablar, de tomar una taza de té y hacer un poco de música. Luisa Elissane tocaba el piano con exquisito gusto y con verdadero sentimiento artístico. Y ¡lo que es la casualidad! Marcel Lornans poseía, para emplear la palabra al uso, una buena voz; de forma que los dos jóvenes pudieron ejecutar algunos trozos de una partitura nueva.

Clovis Dardentor adoraba la música, y la escuchaba con ese fervor inconsciente de las personas que no la entienden gran cosa. Basta que les entre por un oído y les salga por otro, y no está demostrado que su cerebro sufra impresión. No obstante,

Clovis Dardentor cumplimentó, aplaudió con entusiasmo meridional.

-¡Dos talentos que se casan, lindamente!-, concluyó.

Sonrisa de la joven pianista, ligera confusión del cantante, fruncimiento de ceño de los señores Desirandelle. En verdad, su amigo no era muy acertado en la elección de sus frases, y la última estaba fuera de tono en aquellas circunstancias.

En efecto: en Agatocles no había nada que *casar*, ni talento, ni gracia, ni persona aun tratándose de un matrimonio de conveniencia, como Juan Taconnat pensaba.

Hablóse del paseo que el señor Dardentor y los dos parisienses habían dado por la ciudad. Luisa Elissane, muy instruida, respondió sin pedantería a algunas preguntas que la hicieron: la ocupación de los árabes durante tres siglos, la toma de posesión de Orán por Francia hacía sesenta años, su comercio, que le da el primer lugar entre las ciudades argelinas.

-Pero- añadió la joven- nuestra ciudad no ha sido siempre dichosa, y su historia es fecunda en calamidades. Después de los ataques musulmanes, los si-

nuestros naturales. También el temblor de tierra de 1790 la ha casi destruido...

Juan Taconnat prestó oído.

-Y- continuó la joven- después de los incendios que este siniestro ocasionó, fue entrada a saco por los turcos y los árabes. Su tranquilidad no data más que desde la dominación francesa.

Juan Taconnat pensó:

-¡Tembores de tierra, incendios, ataques!... Vamos... ¡Llego con cien años de tardanza!... Y diga usted, señorita, ¿se experimentan aún esas sacudidas?

-No, señor- respondió Luisa.

-¡Es una lástima!

-¿Cómo... una lástima?- exclamó el señor Desirandelle.- ¿Le son a usted precisos tembores de tierra, cataclismos de ese género, caballero?

-No hablemos más de eso- dijo secamente la señora Desirandelle, pues acabará por volver a sentir el mareo. Estamos en tierra firme; ¡basta con los balanceos de los barcos, sin que las ciudades se muevan!

Marcel Lornans, al oír la reflexión de la señora, no pudo menos de sonreír.

-Siento haber hablado de esos recuerdos- dijo Luisa-, puesto que la señora Desirandelle se ha impresionado.

-¡Oh, hija mía- respondió el señor Desirandelle-, no se la reprocha a usted!

-Y además- exclamó el señor Dardentor-, si sobreviniese un temblor, de tierra yo sabría destruir sus efectos... Un pie aquí, otro aquí, como el coloso de Rodas, y nada se menearía.

Y Clovis, con las piernas separadas, hacía temblar el piso con sus botas, presto a luchar contra toda conmoción del suelo africano. De su boca abierta salió una tan estrepitosa carcajada que todo el mundo tomó parte en su hilaridad.

Llegada la hora de retirarse, separáronse, no sin que las dos familias se diesen cita para el día siguiente, a fin de visitar la Kasbah. Al entrar en la fonda, Marcel Lornans, muy pensativo, se decía que un alistamiento en el 7º de cazadores no era tal vez el ideal de la dicha aquí abajo.

Al día siguiente por la mañana, las familias Elisane y Desirandelle, el señor Dardentor y los dos parisienses recorrían las sinuosidades de la antigua Kasbah de Orán, ahora un vulgar cuartel que comunica por dos puertas con la ciudad. Después pro-

longóse el paseo hasta el pueblo de los Djalís, justamente considerado como una de las curiosidades de Orán. Durante esta excursión, la casualidad, ¡oh!, la casualidad solamente hizo que Luisa conversara muy gustosa con Marcel Lornans, con vivo descontento de la señora de Desirandelle.

Por la noche, Clovis Dardentor convidó a comer a «toda la compañía» Una comida magnífica dirigida por Patricio, muy entendido en esa materia.

La señorita Elissane agradó extraordinariamente a aquel *gentleman* de librea, que reconoció en ella una persona de rara distinción.

Transcurrieron varios días, y la situación respectiva de los huéspedes de la casa del Castillo Viejo no tendía a modificarse.

Varias veces la señora de Elissane había hablado a su hija respecto a Agatocles. Como mujer positiva, hacía valer las ventajas presentadas por las dos familias; Evitaba Luisa responder a las insinuaciones de su madre, la que a su vez no sabía que responder a las de la señora de Desirandelle.

Y adviértase que ésta espoléaba de continuo a su hijo.

-¡Sé más vivo!- le repetía diez veces por día.- Se procura dejarte junto a Luisa, y estoy segura que



permaneces a su lado mirando al través de los cristales en lugar de cumplimentarla.

-Pero si yo hablo.

-Sí, mueves y remueves la lengua, y no pronuncias diez palabras en diez minutos.

-¡Diez minutos!... es mucho.

-¡Pero piensa en tu porvenir, hijo mío!- añadía la madre sacudiéndole por un brazo.- Se trata de un matrimonio que debía marchar como sobre ruedas, puesto que las dos familias están de acuerdo, y, sin embargo, no está arreglado más que a medias.

-Sí, puesto que yo he dado mi consentimiento- respondía inocentemente Agatocles.

-No, puesto que Luisa no ha dado el suyo- replicaba la señora de Desirandelle.

Y las cosas no avanzaban; y aunque el señor Dardentor se mezclaba en ellas alguna vez, no conseguía sacar chispa del mozo.

-¡Es una piedra mojada en vez de un pedernal presto a hacer fuego!- pensaba.- Sin embargo, bastaría una ocasión. Verdad que en esta casa tan apacible...

No es faltando el paso como se sube al asalto. Además, las distracciones cotidianas comenzaban a faltar. La ciudad había sido visitada hasta sus últi-

mos barrios. Al presente el señor Dardentor sabía de ella tanto como el erudito Presidente de la Sociedad Geográfica de Orán, la más importante de la región argentina. Y al mismo tiempo que se desesperaban los Desirandelle, desesperábase no menos Juan Taconnat en aquella ciudad bien cimentada, cuyo inquebrantable suelo gozaba de un reposo absoluto que no dejaba *hacer nada*.

Por fortuna, Clovis Dardentor tuvo una idea, una idea tal como se podía esperar de semejante hombre.

La Compañía de los Caminos de Hierro argelinos acababa de anunciar un viaje circular, a precios reducidos, al Sur de la provincia de Orán. Había para tentar a los más perezosos. Se partía por una línea y se volvía por otra. Entre las dos, cien leguas que atravesar por un país soberbio, en unos quince días muy bien empleados.

Sobre los carteles multicolores de la Compañía destacábase un mapa de la región atravesado por una gruesa línea en zizás. Por camino de hierro se iba a Tlelat, a Saint-Denis del Sig, a Perregaux, a Mascara, a Saida. De aquí, en carruaje o en caravana, se visitaba Daya, Magenta, Sebdou, Tlemcen, Lamo-

ricière, Sidi- bel- Abbes. En fin, por camino de hierro se volvía de Sidi- bel- Abbes a Orán.

Pues bien: la idea de este viaje produjo en Clovis Dardentor el entusiasmo que caracterizaba los actos más insignificantes de este hombre extraordinario. Los Desirandelle aceptaron sin dificultad el proyecto. Los azares del camino, la vida en común, los servicios que prestar; ¡qué de ocasiones que Agatocles aprovecharía para agradar a la encantadora Luisa!

La señora de Elissane se hizo rogar un poco. El viaje la asustaba, y después, esto y aquello. Pero ¿quién era capaz de resistir al Sr. Dardentor? La excelente señora le había dicho que no podía rehusarle nada, y él se lo recordó en el momento oportuno. En fin, su argumentación fue decisiva. Durante aquella excursión, Agatocles se revelaría bajo un nuevo aspecto. La señorita Luisa le apreciaría en su valor y el matrimonio se efectuaría al regreso.

-Y- preguntó la señora de Elissane- ¿serán de la partida los señores Lornans y Taconnat?

-¡No, por desgracia!- respondió el señor Dardentor.- Dentro de algunos días deben alistarse, y esto les retrasaría demasiado.

La señora de Elissane pareció satisfecha.

Pero después del de la madre, preciso era obtener el consentimiento de la hija.

Gran trabajo le costó al señor Dardentor. La joven experimentaba gran repugnancia por aquel viaje, durante el cual había de estar en contacto continuo con la familia de Desirandelle.

Al menos en Orán las ausencias de Agatocles eran frecuentes. No se le veía más que a las horas de las comidas, las únicas durante las que abría seriamente la boca... y no para hablar. En el vagón, en el carruaje, en la caravana, estaría siempre allí. Siempre allí; perspectiva que no era para agradar a Luisa. Disgustábala el mozo, y tal vez hubiera obrado cuerdamente declarando a su madre que jamás consentiría en casarse con él. Pero conocía a aquella mujer resuelta, tenaz, poco dispuesta a abandonar sus proyectos. Realmente, lo mejor era esperar a que la buena señora llegase a conocer por sí misma la nulidad del pretendiente.

El señor Dardentor desplegó una elocuencia irresistible. Procedía de buena fe, imaginando que el viaje daría ocasión en provecho del heredero de los Desirandelle, y esperaba que el deseo de sus antiguos amigos acabaría por realizarse. ¡Qué disgusto más grande para ellos si no lo conseguían!... Aunque

esto no fuera cosa que pudiera conmover a la joven, Clovis obtuvo al fin de ella la promesa de ocuparse en los preparativos de la partida.

-¡Me lo agradecerá usted más tarde!- le repetía.-  
¡Me lo agradecerá usted!

Patricio, al corriente de lo que se trataba, no ocultó a su amo que aquel viaje no merecía su completa aprobación. Habría, sin duda, otros turistas, no se sabía quiénes; habría que vivir en común, y tal promiscuidad, etc., etc.

Su amo le ordenó que tuviera dispuestos los equipajes para la noche del 10 de Mayo, en cuarenta y ocho horas.

Cuando el señor Dardentor hizo conocer a los dos jóvenes la resolución tomada por las familias Elissane y Desirandelle, así como por él mismo, apresuróse a manifestarles su disgusto ¡oh!, muy vivo, muy sincero, de que ellos no pudiesen acompañarles. Con ellos se completaría el encanto de aquella «caravana en común», tales fueron sus palabras, durante algunas semanas al través de la provincia de Orán.

Marcel Lornans y Juan Taconnat mostraron también su disgusto, no menos sincero y vivo; pero

ya habían transcurrido diez días desde su llegada a Orán, y era hora de que regularizaran su situación.

No obstante, he aquí las preguntas y respuestas que los dos primos cambiaron al siguiente día, víspera de la proyectada partida, después de haberse despedido del señor Clovis Dardentor.

-¿Qué hay, Juan?

-¿Qué hay, Marcel?

-Pues que un retraso de dos semanas...

-¿Duraría más de quince días? Creo que no, ni aun en Argelia.

-Si partiésemos con el señor Dardentor...

-¡Partir, Marcell! ¿Eres tú el que me hace esa proposición? ¿Tú, que no me has concedido más que quince días para mis pruebas de salvamento?

-Sí... Juan... La verdad es que tú... aquí... en esta población tan tranquila... nada conseguirás... Mientras que en ese viaje circular... ¿quién sabe? Habrá ocasiones...

-Sí, Marcel. Se pueden encontrar. El agua, el fuego, el combate sobre todo. ¿Y esa idea ha nacido para buscarme ocasiones nada más?

-¡Sólo por eso!- respondió Marcel Lornans.

-¡Farsante!- respondió Juan Taconnat.

X

**EN EL QUE SE OFRECE UNA PRIMERA Y  
FORMAL OCASIÓN EN EL CAMINO DE  
HIERRO DE ORÁN A SAIDA.**

El viaje organizado por la Compañía de ferrocarriles argelinos era para agradar a los turistas de Orán. Así es que el público aceptó con gusto aquel itinerario de seiscientos cincuenta kilómetros al través de la provincia, o sea trescientos en vagón y trescientos cincuenta en carruajes u otros medios de transporte entre Saida, Daya, Sebdou, Tlemcen y Sidi-bel-Abbes. Como se ve, un simple paseo que los aficionados podían efectuar a su elección desde Mayo a Octubre, es decir, durante los meses del año en que no son sensibles las variaciones atmosféricas.

Además, conviene insistir en ello, no se trataba de ninguno de esos viajes económicos de las agencias Lubin, Cook, u otras que sujetan al viajero a un itinerario imperioso y le obligan a visitar en el mismo día y a la misma hora las mismas ciudades y los mismos monumentos, programa molesto que se había procurado evitar. No, y Patricio se engañaba en esto. Ninguna obligación, ninguna promiscuidad. Los billetes eran valederos para toda la buena época. Se partía cuando se quería, y cada uno se detenía a su gusto. De esta facultad común a todos, resultó que la expedición del 10 de Mayo no se componía más que de unos treinta excursionistas. El itinerario había sido elegido cuidadosamente. De las tres sub-prefecturas que posee Orán, Mostaganem, Tlemcen y Mascara, dicho itinerario atravesaba las dos últimas, y de las subdivisiones militares, Mostaganem, Saida, Orán, Mascara, Tlemcen y Sidi- bel- Abbes, se comprendían tres. En estos límites, la provincia que limita al N. el Mediterráneo, al E. el departamento de Argel, al O. el Maroc, y el Sahara al S., presenta aspectos variados, montañas de una altura superior a mil metros, bosques cuya superficie total no es inferior a cuatrocientas mil hectáreas, lagos, ríos, el Macta, el Habra, el Chelif, el Mekena y el Sig.



Si la caravana no recorría toda la provincia, por lo menos visitaría los más hermosos territorios.

Aquel día Clovis Dardentor no faltó al tren, como había faltado a la salida del paquebote. Antes que ninguno estaba en la estación. Iniciador del viaje, cumplía con su deber adelantándose a sus compañeros, los que estaban de acuerdo en ver en él al jefe de la expedición.

Frío y silencioso, Patricio estaba junto a su amo, en espera de los equipajes que debía facturar, equipajes no muy molestos. Algunas maletas; algunos sacos y mantas; nada más que lo preciso.

Eran ya las ocho y media, y el tren partía a las nueve y cinco.

-Y bien- exclamó Dardentor.- ¿En qué piensa nuestra *smala* que no asoma la nariz?

Por encontrarse en país árabe, Patricio aceptó aquella palabra indígena, y respondió que veía un grupo que se acercaba a la estación.

Era la familia de Desirandelle con la señora y la señorita Elissane. Dardentor les saludó cordialmente. ¡Se consideraba tan feliz con que sus antiguos amigos de Francia y sus nuevos amigos de África hubieran aceptado su proposición! A creerle, aquel viaje les dejaría recuerdos impercederos. La

señora de Elissane parecía que gozaba de excelente salud aquella mañana. La señorita Luisa estaba deliciosa con su traje de turista. ¡Que nadie se molestase en buscar sitio! Esto era cosa suya. Él tomaría billetes para todos. Después arreglarían cuentas. Respecto a los equipajes, era este asunto de la incumbencia de Patricio. Se podía confiar en el minucioso cuidado que ponía en sus actos más insignificantes. En lo que se refiere a él, a Dardentor, de todo su ser brotaba como una fuente de buen humor.

Las dos familias entraron en la sala de espera, abandonando a Patricio algunos bultos que no deseaban llevar en el vagón. Lo mejor sería dejarles en consigna durante las paradas en Saint-Denis del Sig, en Mascara, hasta la llegada a la estación de Salida.

Después de suplicar a la señora de Desirandelle y a Agatocles que permaneciesen con la señora de Elissane y Luisa, Clovis Dardentor, con paso ligero-un silfo-, y el señor Desirandelle con paso pesado-un paquidermo-, se colocaron ante el despacho en que se expendían los billetes circulares. Unos veinte, viajeros impacientes formaban cola.

Y entre ellos, ¿a quién vio primero el señor Desirandelle? Al señor Eustache Oriental en persona, al Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar, con su inseparable anteojó en banderola. ¡Sí! Aquel original se había dejado seducir por el incentivo de un viaje de quince días a precios reducidos.

-¡Cómo!- murmuró el señor Dardentor.- ¡También va él! Será preciso procurar que no ocupe el mejor sitio en la mesa, ni se sirva los mejores trozos. ¡Qué diablo! ¡Las señoras ante todo!

No obstante, cuando el señor Oriental y el señor Dardentor se encontraron ante la ventanilla del despacho, creyeron deber cambiar una inclinación de cabeza. El señor Dardentor tomó seis billetes de primera clase para la familia Desirandelle, la familia Elissane y él, y otro de segunda para Patricio, qué no hubiese aceptado viajar en tercera.

Casi en seguida sonó la campana, abriéronse las puertas de la sala de espera, y los viajeros afluyeron todos al andén en que esperaba el tren

Los pasajeros son bastante numerosos en este tren directo de Orán a Argelia, que, como de ordinario, no se componía más que de una media docena de carruajes. Por lo demás, los turistas debían

abandonarle en Perregaux a fin de tomar la vía férrea que baja hacia el Sur, en dirección de Saida.

Seis personas no encuentran fácilmente asiento en un mismo departamento cuando hay afluencia de viajeros. Por fortuna, Clovis Dardentor, fácil para dar propinas, consiguió, gracias al celo de un empleado, acomodarse con sus compañeros en un departamento cuyos dos sitios sobrantes estuvieron ocupados en seguida. Así, pues, quedó completo. Acomodáronse las señoras y caballeros. Conviene advertir que Clovis Dardentor estaba frente a Luisa Elissane, y que ambos ocupaban los ángulos de aquel lado del vagón.

Al Sr. Oriental no se le había vuelto a ver, ni esto inquietaba a nadie. Debía de haber subido al primer vagón, y seguramente se vería su anteojito saliendo por la ventanilla.

Aquella parte del trayecto es de unos setenta kilómetros, entre Orán y Saint Denis del Sig, sitio en que el indicador marcaba la primera parada. A las nueve y cinco en punto, señal del jefe, ruido de las portezuelas al cerrarse, silbido estridente de la locomotora y trepidación del tren al pasar por las placas giratorias.

Al salir de la capital de Orán, lo que primeramente llama la atención del viajero es un cementerio y un hospital situados a la derecha de la vía; dos edificios del que el uno es complemento del otro y cuyo aspecto no tiene nada de recreativo; a la derecha una serie de almacenes más allá aparece la verde campiña, de más alegre aspecto.

Este era el paisaje que se ofrecía a las miradas del señor Dardentor y de su graciosa vecina. Seis kilómetros más allá y costado el lago Morselli, detúvose el tren en la estación de la Senia. A decir verdad apenas si puede distinguirse el pueblo situado a mil doscientos metros en el punto en que se bifurca el camino departamental de Orán a Mascara.

Cinco kilómetros más allá, después de haber dejado a la derecha el antiguo fuerte de Abd- el- Kader, hubo una parada en la estación de Valmy, donde la línea férrea corta el camino indicado.

A la izquierda se extiende un ancho segmento del lago de Sebgha, cuya altura llega a cerca de noventa y dos metros sobre el nivel del mar.

Desde sus asientos, Clovis Dardentor y Luisa no vieron aquel lago más que imperfectamente. En todo caso, y por vasto que sea, no hubiera obtenido más que una desdeñosa mirada de Juan Taconnat,

pues sus aguas se encontraban ya muy bajas en aquella época, y no tardarían en secarse por completo a los ardores de la estación cálida.

Hasta entonces la dirección de la línea había sido SE., pero cambiósese cerca del pueblo de Tlélat, donde pronto llegó el tren.

Clovis Dardentor se había provisto de un plano de tela a pliegues rectangulares, que comprendía el itinerario del viaje, cosa que no era para asombrar tratándose de un hombre tan práctico.

Dirigiéndose a sus compañeros dijo:

-Aquí se une la línea de Sidi- bel- Abbes, que nos volverá a Orán al regreso de nuestra excursión.

-Pero- preguntó el señor Desirandelle-, ¿acaso esta línea no se prolonga hasta Tlemcen?

-Debe prolongarse después de bifurcarse en Boukhanefes, pero no está aún terminada.

-Es fastidioso- dijo la señora de Elissane.- Si hubiéramos podido...

-¡Bondad divina, mi querida señora!- exclamó Clovis Dardentor.- Eso hubiera sido suprimir nuestro camino en caravana. Desde el interior de un vagón poco es lo que se ve... ¡Así es que estoy deseando llegar a Saida! ¿No piensa usted así, señorita Luisa?

¿Cómo no había de ser la joven de la opinión del señor Dardentor?

A partir de Tlélat, el camino de hierro se dirigió directamente hacia el E., atravesando los arroyos sinuosos y murmuradores tributarios del Sig. Descendió el tren hacia Saint- Denis, después de franquear el río Macta, que va a arrojarse en una vasta bahía entre Arzeu y Mostaganem.

Los viajeros llegaron a Saint- Denis a las once y algunos minutos; la mayor parte se apeó de los vagones.

El programa particular del señor Dardentor indicaba un día y una noche pasados en aquel pueblo, del que se partiría al día siguiente a las diez. Como sus compañeros dejaban a su cargo los detalles del viaje, estaba decidido a seguir punto por punto su divisa: *transire videndo*.

Clovis fue el primero que abandonó el vagón, no dudando que sería seguido por Agatocles, y que éste se apresuraría a ofrecer la mano a Luisa. Pero el deplorable joven fue adelantado por Luisa, que con ayuda de Dardentor descendió rápidamente.

-¡Ah!- dijo ella, dejando escapar un débil grito al volverse.

-¿Se ha hecho usted daño, señorita?- preguntó Dardentor.

-No... no... - respondió Luisa.- Muchas gracias... Pero creí que...

-¿Qué?...

-Yo creía que los señores Lornans y Taconnat no formaban parte de la expedición.

-¡Ellos!- exclamó Dardentor con voz recia.

Y dando una vuelta, se encontró en presencia de sus amigos, a los que abrió los brazos, mientras los jóvenes saludaban a la señora de Elissane y a su hija.

-¡Ustedes!... ¡Ustedes!...- repetía.

-¡Nosotros!- respondió Juan Taconnat.

-¿Y el alistamiento al 7.º de cazadores?

-Hemos pensado que disponíamos de quince días... y con objeto de aprovecharlos... - dijo Marcel.

-Nos ha parecido que un viaje circular... - añadió Juan.

-¡Ah! ¡Excelente idea!- exclamó Dardentor.- Y ¡qué alegría nos produce a todos!

¿A todos? Era mucho decir... Sin hablar de Luisa, ¿qué efecto producía el incidente a la señora de Elissane y a los Desirandelle?



Muy malo. De forma que los saludos que con los dos parisienses cambiaron fueron muy fríos. Respecto a Clovis, no había duda que procedía de buena fe cuando dijo a la señora de Elissane que ni Marcel Lornans ni Juan Taconnat les acompañarían... Pero tal vez se mostraba satisfecho en demasía.

-¡Ha sido una inspiración!- exclamó.

-Cuando llegamos a la estación, el tren iba a partir- dijo Juan Taconnat. Me había costado trabajo decidir a Marcel..., a menos que no haya sido él quien haya luchado para decidirme. En suma, vacilaciones hasta última hora.

En fin, Clovis Dardentor y su *smala* estaban en Saint-Denis del Sig, la primera etapa del viaje, y los dos jóvenes fueron admitidos en la caravana. En el momento era preciso buscar una fonda donde almorzar, comer y dormir de modo conveniente... No se separarían, no habría dos grupos: el grupo Dardentor y el grupo Lornans-Taconnat. No.

Esta resolución alegró a unos y desagradó a otros; pero nadie manifestó sus impresiones.

-Decididamente- murmuró Juan Taconnat-, este hombre tiene para nosotros entrañas de padre.

De haber desembarcado los turistas en Saint-Denis del Sig cuatro días antes- el domingo, en vez del miércoles-, hubieran encontrado algunos millares de árabes, y por ser día de mercado, la cuestión de la fonda se habría resuelto con menos facilidad. De ordinario, la población de aquel punto se reduce a seis mil habitantes, cuya quinta parte es de origen judío, más cuatro mil extranjeros.

En la fonda se almorzó alegremente, con alegría inmensa, de la que Dardentor hizo el mayor gasto. Con la idea de llegar poco a poco a una franca intimidad con sus compañeros de viaje, los dos parisienses se mantuvieron en una discreta reserva.

-Vamos... no les conozco a ustedes- observó Dardentor.- El viaje les ha transformado... Ustedes... tan alegres.

-Es efecto de la edad- respondió Juan.- No somos tan jóvenes como usted.

-¡Ah!... Y ahora que recuerdo... No he visto al señor Oriental en la estación.

-¿Es que ese personaje planetario iba en el tren?- preguntó Marcel.

-Sí..., e indudablemente habrá continuado hacia Saida.

-¡Diablo!...- dijo Juan.- Un hombre de su especie va a devorarlo todo a su paso.

Terminado el almuerzo, y como no se debía partir hasta la mañana del siguiente día, convinieron en dedicar el día a visitar a Saint- Denis del Sig. Estos pueblos argelinos se parecen extremadamente a las capitales de cantón de la madre patria, y nada falta en ellos, ni comisario de policía, ni juez de paz, ni notario, ni recaudador de contribuciones, ni gendarmes.

Saint- Denis del Sig posee algunas calles bastantes bellas, plazas regularmente trazadas, excelentes plantaciones, plátanos sobre todo, una bonita iglesia de ese estilo gótico del siglo XII. En realidad, sus alrededores son los que merecen la atención de los turistas.

Pasaron, pues, por los alrededores. El señor Dardentor hizo admirar a aquellas señoras que por nada se interesaban, y a los dos primos, cuya imaginación estaba en otra parte- probablemente en el porvenir-, tierras de excepcional fertilidad, soberbias viñas, que tapizaban el macizo abandonado, sobre el que se apoya el pueblo, especie de fortaleza natural fácil de defender. Nuestro héroe pertenecía a esa categoría de gentes que se admiran únicamente

porque no están en su casa, y a los que no se debe confiar la redacción de una *Guía de viajeros*.

El paseo fue favorecido por un buen tiempo. Se subió por el río Sig hasta el punto en que las aguas refluyen sobre cuatro kilómetros, y cuya cabida es de catorce millones de metros cúbicos, destinados al riego de los cultivos industriales. Alguna vez ha cedido, y cederá más; pero los ingenieros vigilan, y desde el momento en que vigilan los representantes de este docto cuerpo... nada hay que temer... según ellos.

Después de tal excursión, la excusa del cansancio era muy admisible. Así es que, cuando Clovis Dardentor habló de una visita que exigiría una caminata de algunas horas, la señora de Elissane y la de Desirandelle, a la que creyó deber unirse su marido, pidieron compasión.

Luisa les debía acompañar a la fonda bajo la protección de Agatocles.

¡Qué ocasión para que el pretendiente ofreciera el brazo a su futura, de no estar amputado de los dos... en lo moral, se entiende!

Marcel Lornans y Juan Taconnat hubieran deseado regresar con las señoras, pero les fue preciso resignarse a seguir al señor Dardentor.

Habíasele a éste puesto en la cabeza ir a visitar, a ocho kilómetros de allí, una granja de dos mil hectáreas, la Unión del Sig, cuyo origen falansteriano remonta al año 1844. Por fortuna, el trayecto pudo efectuarse en mulas sin gran retraso ni fatiga. Al atravesar aquel campo rico y tranquilo, Juan Taconnat dijo:

- ¡Esto es desesperante! Hace sesenta y cuatro años, cuando la gente se batía para tomar posesión de la provincia de Orán, tal vez hubiera yo podido...

En fin, ninguna ocasión de salvamento se había presentado cuando los tres regresaron a la fonda para comer... La velada no se prolongó mucho tiempo. A las nueve, cada uno se fue a su cuarto. Agatocles, que no soñaba jamás, no soñó con Luisa, y Luisa, que tenía sueños deliciosos... no soñó con Agatocles.

Al día siguiente, a las ocho, Patricio llamó a todas las puertas con golpes discretos. Obedeciéndose a la señal del puntual criado y se tomó un desayuno de café o chocolate, según el gusto de cada cual. Pagóse la cuenta de la fonda, y todos, pedestremente, se dirigieron a la estación.

Esta vez el señor Dardentor y sus compañeros ocuparon un departamento para efectuar el corto

trayecto entre Saint Denis del Sig y la estación del Perregaux.

Tras una breve parada en Mocta-Douz, aldea europea situada a diez y siete kilómetros de Saint Denis, detúvose el tren ocho kilómetros más allá.

Perregaux, simple aldea de tres mil habitantes, de los que mil doscientos son indígenas, es regada por el Habra, en el centro de una planicie de treinta y seis mil hectáreas de una fecundidad maravillosa.

En este punto se cruzan el camino de hierro de Orán a Argel y el de Arzeu, puerto de la costa septentrional que desciende hasta Saida.

Trazado de Norte a Sur al través de la provincia, y sirviendo a los inmensos terrenos en que se recoge el alfa, se prolongará hasta Ain-Safra, casi la frontera marroquí.

Los turistas tuvieron, pues, que cambiar de tren en esta estación, y veintiún kilómetros más allá detuviéronse en Crève- Caur.

En efecto: la línea de Arzeu a Saida deja a Mascara a la derecha. *Quemar*, como se dice a esta capital, tal vez hubiera correspondido al estado de ánimo de Juan Taconnat en busca de incendios. Pero Clovis Dardentor hubiera protestado, pues el programa circular comprendía a Mascara. Para los veinte ki-

lómetros que había que andar, los coches preparados por la Compañía esperaban ante la estación a disposición de los turistas.

El mismo ómnibus recibió a la sociedad Dardentor, y la casualidad hizo que Marcel Lornans ocupase el asiento junto al de Luisa. Jamás veinte kilómetros le parecieron tan cortos, no obstante la lentitud con que caminó el ómnibus, por la razón de que el camino sube hasta la curva ciento treinta y cinco metros sobre el nivel del mar.

En fin, corto o no, a las tres horas y media se terminó el viaje. Conforme al plan adoptado, los viajeros debían pasar en Mascara la noche del 11 y el día 12, y partir para Saida.

-¿Por qué no tomamos el tren esta noche?- preguntó la señora de Elissane.

-¡Oh, querida señora!- respondió Dardentor... - No lo querrá usted, y si lo quiere y yo tuviera la debilidad de obedecerla, me lo reprocharía usted toda la vida.

-Madre- dijo Luisa riendo-, ¿podrías exponer al señor Dardentor a tan largos reproches?

-Y tan justificados- añadió Marcel Lornans, cuya intervención pareció complacer a la señorita Elissane.

-¡Sí, justificados!- respondió el señor Dardentor-, pues Mascara es una de las más lindas ciudades de Argel, y no será perdido el tiempo que la consagremos. Yo quiero que el lobo me coma desde la nuca al lomo...

-¡Hum!- dijo Patricio.

-¿Estás constipado?- le preguntó su amo.

-No... He querido cazar a tiempo el lobo del señor.

-¡Animal!

En fin, la caravana se avino a los deseos de su jefe.

Mascara es una ciudad fuerte. Acostada sobre la vertiente meridional de la primera cordillera del Atlas, al pie de Chareber- Rih, domina la espaciosa llanura de Eghris. Tres ríos afluyen a ella: el Oued-Toudman, el Ain- Beida y el Ben- Arrach. Conquistada en 1835 por el Duque de Orleans y el mariscal Clauset, y abandonada casi en seguida, no fue reconquistada hasta 1.841 por los generales Bugeaud y Lamoricière.

Antes de comer, los turistas pudieron reconocer que el señor Clovis Dardentor no había exagerado. Mascara está en una posición deliciosa, entre dos colinas, por las que corre el Oued- Toudman. Pa-



searon por sus cinco barrios, de los que cuatro están rodeados por un boulevard plantado de árboles, y por la dicha muralla de seis puertas defendida por diez torres y ocho baluartes. Al cabo los viajeros se detuvieron en la Plaza de Armas.

-¡Qué fenómeno!- exclamó el señor Dardentor, plantándose con las piernas separadas y los brazos en alto ante un árbol enorme de doscientos o trescientos años.

-¡El solo forma un bosque!- respondió Marcel Lornans.

Era un moral que merecía tener su leyenda, y sobre el que sin abatirle han pasado varios siglos.

Clovis Dardentor le arrancó una hoja.

-¡El primer traje de los elegantes del Paraíso terrenal! dijo Juan Taconnat.

-¡Y que se confecciona sin modistas!- añadió Dardentor.

En fin, una excelente y copiosa comida devolvió las fuerzas a los turistas. No se escatimó ese vino de Mascara, que ocupa un sitio privilegiado en las bodegas de los aficionados verdaderos. Después, como la víspera, las señoras se retiraron temprano. No se les exigía que permaneciesen en pie hasta el alba. A los señores Desirandelle, padre e hijo, se les pe-

gaban las sábanas. Se les vería a la hora del almuerzo.

La tarde sería dedicada a los principales edificios de la ciudad en una visita en común.

En consecuencia de este plan, al día siguiente, a las ocho, los tres inseparables estaban en el barrio del comercio. Los antiguos instintos de negociante o industrial habían atraído al tonelero, excitado por el burlón de Taconnat, con gran disgusto de Marcel, al que los molinos de aceite y harina, y las fábricas indígenas no interesaban gran cosa. ¡Ah! ¡Si la señorita Elissane hubiera sido confiada a los paternales cuidados del señor Dardentor! Pero no estaba allí, y a aquella hora apenas si empezaban a abrirse sus lindos párpados.

Durante el paseo por las calles de aquel barrio, Clovis Dardentor hizo algunas compras, entre ellas un par de *zerdanis*, con los que contaba vestirse en oportuna ocasión como los árabes del África de Sur.

Al mediodía, reconstitución de la sociedad y visita a las tres mezquitas de la ciudad; la primera, la de Ain- Beida, que data de 1761, y en la que Abdel- Kader predicaba la guerra santa; la segunda transformada en iglesia para la fabricación del pan del alma; la tercera en tahona para la fabricación del

pan del cuerpo (textual de Juan Taconnat). Después de la plaza de Gambetta, adornada con elegante fuente de pilón de mármol blanco, visitaron sucesivamente el Beylik, que es un antiguo palacio de arquitectura árabe; la oficina árabe, de construcción morisca; el jardín público y sus plantaciones de olivos e higueras, con cuyas frutas hacen una especie de torta, de la que Clovis Dardentor se hizo servir en la comida, declarándola excelente, y Juan Taconnat de excelentísima.

A las ocho el ómnibus recogió sus viajeros y abandonó a Mascara.

Esta vez el vehículo, en lugar de volver a Crivecaur, subió hacia la estación de Tizi, atravesando la llanura de Eghris, cuyas viñas producen un vino blanco de gran fama.

El tren partía a las once. Aquella noche, aunque Clovis Dardentor sembrara las monedas de cuarenta sueldos al paso de los empleados, se produjo la división de su gente.

En efecto: el tren, compuesto de cuatro coches, estaba casi lleno. De aquí que la señora de Desirandelle, la de Elissane y su hija no pudieron encontrar sitio más que en el reservado de señoras, ya ocupado por dos viejas. El señor Desirandelle intentó que

se le admitiera en el mismo departamento; pero bajo la reclamación de las dos irreductibles viajeras, que su edad hacía feroces, tuvo que desistir.

Clovis Dardentor le hizo subir con él al departamento de fumadores, refunfuñando:

-¡Qué Compañías! ¡En África se es tan estúpido como en Europa! ¡Economía en los coches, sin hablar de las economías de empleados!

Como en aquel departamento había ya cinco viajeros, quedaba sólo un sitio vacante, instalados los señores Desirandelle y Dardentor.

-¡Por mi fe!- dijo Juan Taconnat a su primo.- Prefiero ir con él.

No tenía Marcel Lornans necesidad de preguntar a quién se aplicaba aquel pronombre personal, y riendo respondió:

-Tienes razón... Sube... No se sabe lo que puede suceder.

En cuanto a él, no le disgustaba ir a un carruaje menos ocupado, donde podría soñar a su gusto. El último del tren contenía tres viajeros solamente, y ocupó un sitio en él.

La noche era oscura, sin luna ni estrellas, el horizonte brumoso. Por lo demás, el país no ofrecía nada de curioso por aquella parte, que atraviesan los

territorios de colonización. Sólo granjas, envueltas entre la bruma.

Marcel Lornans, reclinado en su rincón, se abandonó a esos sueños que se tienen sin dormir. Pensaba en Luisa Elissane, en el encanto de su conversación, en las gracias de su persona. ¡No era posible que se casase con Agatocles! ¡El universo entero protestaría, y el señor Dardentor acabaría por hacerse eco del universo!

- ¡Froha!... ¡Froha!...

Este nombre, que parece un grito de cuervo, fue arrojado por la voz estridente del conductor. Ningún viajero bajó de su departamento, en el que el joven se mecía en sus pensamientos... ¡Él la amaba!...¡Sí!...¡Amaba a aquella joven encantadora! Esto databa desde el día en que la había visto por vez primera sobre el puente del Argelés. Fue como el rayo que desgarrar las nubes cuando el cielo está sereno...

-¡Thiersville!... ¡Thiersville!- gritaron veinte minutos después.

El nombre de este célebre estadista aplicado a una estación de poca importancia- una aldea de algunas casas árabes-, no sacó a Marcel Lornans de su

sueño, y Luisa Elissane eclipsó por completo al «ilustre libertador del territorio»

Caminaba el tren a poca velocidad, subiendo hacia la estación de Traria, sobre el río del mismo nombre, cuya altura es de ciento veintiséis metros.

En dicha estación se apearon los tres compañeros de Marcel Lornans, que quedó solo en el departamento.

De la posición vertical pasó a la horizontal, mientras el tren, después del pueblo de Charrier, rodeaba la base de las montañas llenas de árboles hasta las cumbres. Sus párpados se entornaron, y aunque procuró resistir al influjo de un sueño que tal vez desvaneciera la dulce imagen de su pensamiento, sucumbió al fin, y el nombre de Franchetti fue el último que oyó.

¿Cuánto tiempo durmió y por qué, medio despierto, sintió un principio de sofocación? De su pecho se escapaban gemidos precipitados... se ahogaba; faltábale el aliento. Un humo acre llenaba el departamento, al que se mezclaban llamas fuliginosas que subían activadas por la marcha del tren.

Marcel Lornans quiso levantarse a fin de romper un cristal... Cayó medio asfixiado.

Y una hora después, cuando el joven recobró el sentido en la estación de Saida, gracias a los cuidados que se le suministraron, cuando volvió a abrir los ojos, vio al señor Dardentor, a Juan Taconnat y también a Luisa Elissane.

El incendio se había declarado en su vagón, y cuando el tren se detuvo a una señal del conductor, Clovis Dardentor no dudó en arrojarse en medio de las llamas, arriesgando su vida por salvar la de Marcel Lornans.

-¡Ah, señor Dardentor!- murmuró éste con voz llena de agradecimiento.

-¡Vaya, vaya!- respondió éste.- ¿ Cree usted que yo iba a dejar a usted que se asara como un pollo?... Su amigo Juan o usted, hubieran hecho lo mismo por mí.

-¡Ciertamente!- exclamó Juan.- Pero esta vez... ha sido usted...; lo que no es lo mismo.

Y añadió en voz baja al oído de Marcel:

-Decididamente, ¡no tengo suerte!

XI

**QUE NO ES MÁS QUE UN CAPÍTULO  
PREPARATORIO PARA EL SIGUIENTE.**

Era llegado el momento de formar la caravana. Para ir desde Saida a Sidi- bel- Abbes no hay línea férrea; los carros sustituirían al ferrocarril.

Había que recorrer una extensión de trescientos cincuenta kilómetros, o sea cien leguas, en las más agradables condiciones, según repetía el señor Dardentor. Se iría a caballo, en mulo, en camello, en carruaje, al través de aquellos interminables bosques, que en los mapas aparecen como verdes cestas bañadas por la red de los arroyos de la montañosa región.

Desde la partida de Orán, y durante el recorrido de ciento setenta y seis kilómetros, era notorio que



el heredero de los Desirandelle no se había acercado al objeto a que le empujaba su familia. Por otra parte, ¿cómo la señora de Elissane no había de haber notado que Marcel Lornans buscaba las ocasiones de aproximarse a su hija, y de hacer, en una palabra, todo lo que el imbécil de Agatocles no hacía, aunque tuviera el derecho de hacerlo? ¿Era Luisa sensible a las atenciones del joven? Sí, tal vez, pero de ahí no pasaba, se respondía la señora de Elissane. Y al fin de cuentas, ella no era mujer que se retractase. Jamás Luisa, a la que sermonearía en caso necesario, se atrevería a negar su consentimiento al matrimonio proyectado.

Respecto a Juan Taconnat, ¿podía encontrarse satisfecho?

-Pues bien, ¡no!- exclamó aquella mañana.

Marcel Lornans estaba aun en el cuarto de la fonda al que había sido transportado la víspera, y extendido sobre el lecho, en plena posesión, es cierto, de sus facultades respiratorias.

-¡No!- repitió-, y parece que todas, las desventuras del mundo se combinan.

-¡No contra mí!- dijo su primo.

-¡También contra ti, Marcel!

-No, pues nunca tuve la intención de convertirme en hijo adoptivo del señor Dardentor.

-¡Diablo! ¡Es el enamorado el que habla!

-¿Cómo... el enamorado?

-Es claro como la luz que tú amas a la señorita Luisa Elissane.

-¡Chist!, Juan. Si te oyeran...

-Y cuando me oyeran, ¿qué se sabría que ya no se sepa? ¿Es que esto no es claro como la luz? ¿Hace falta el antejo del Sr. Oriental para verlo? ¿Acaso la señora de Elissane no comienza a preocuparse? ¿Es que los Desirandelle, padre, madre o hijo, no desearían que te fueses con mil diablos?

-¡Exageras, Juan!

-¡No! Sólo uno lo ignora: el señor Dardentor... y tal vez también la señora Elissane.

-¡Ella! ¿Tú crees?- preguntó nuevamente Marcel Lornans.

-Vaya, cálmate, señor asfixiado de ayer. ¿Es que una joven puede engañarse respecto a ciertos latidos de su corazón?

-¡Juan!

-En cuanto al desdén que siente por esa obra maestra de los Desirandelle; que responde al nombre de Agatocles...

-Sabe, mi pobre amigo Juan, que la señorita Elisane me ha vuelto loco.

-¡Loco!, ésa es la palabra; porque ¿dónde te llevarás esto? Evidente es que la señorita Elissane es encantadora, y también yo la hubiera adorado. Pero está comprometida; y si en este matrimonio falta la inclinación, las conveniencias le exigen y el deseo de los padres respectivos. Trátase de un edificio cuyos cimientos se han echado desde la infancia de los novios; y ¿tú te figuras que vas a derribarle de un soplo?

-Yo no me figuro nada, y dejo ir las cosas...

-Pues bien; has cometido una torpeza, Marcel.

-¿Cuál?

-La de abandonar nuestros primeros proyectos.

-Prefiero dejarte la plaza libre, Juan.

-Y, sin embargo, reflexiona, Marcel. Si llegas a hacerte adoptar...

-¡Sí... tú! Calcúlate cortejando a la señorita Elisane con una buena bolsa en la mano, en vez de los galones, hundiendo a Agatocles con tu superioridad pecuniaria, sin olvidar la influencia que tu padre adoptivo, que está encantado de Luisa, pondría a tu disposición. ¡Ah! él no dudaría en hacerla su hija

adoptiva, si la Providencia quisiera que le salvase en un combate, de las olas o de las llamas.

-¡Cómo disparatas!

-Disparato con todo lo serio de una razón trascendente, y te doy un buen consejo.

-Vamos, Juan; confesarás que no he comenzado bien. Se declara un incendio en el tren, y no solamente no soy yo quien no salva al señor Dardentor, sino que éste me salva a mí.

-¡Diablo! Marcel, ¡cuestión de suerte! Y ahora que lo pienso, puesto que estás en condiciones de adoptar, adopta al señor Dardentor. ¡Al fin y al cabo el resultado será el mismo! Adóptale, y él dotará a su padre.

-¡Imposible!- exclamó Marcel riendo.

-¿Por qué?

-Porque es preciso que el adoptante sea de más edad que el adoptado.

-¡Ah, querido Marcel! ¡Todo sale al revés!...; y ¡qué difícil es procurarse una paternidad por los medios legales!

En este momento oyóse una voz sonora en el pasillo.

-¡Es él- dijo Juan Taconnat,- Clovis Dardentor se presentó alegre, expansivo, y de un salto llegó desde el umbral al lecho de Marcel Lornans.

-¡Cómo!- exclamó.- ¿Aun en la cama? ¿Está usted, enfermo? ¿Es que respira usted con dificultad? ¿Es menester que se le eche aire en los pulmones? ¡Pues yo tengo el pecho lleno de un oxígeno superior, del que poseo el secreto!

-¡Señor Dardentor..., salvador mío!- dijo Marcel irguiéndose.

-¡No!... ¡No!

-Sí... sí- respondió Juan Taconnat- Sin usted ya estaría asfixiado; sin usted estaría asado, quemado; sin usted, no quedaría de Marcel más que un puñado de cenizas, y mi única misión sería llevarla en una urna.

-¡Pobre joven!; ¡pobre joven!- repetía el señor Dardentor, levantando las mano al cielo.

Después añadió:

-Y no obstante, ¡es verdad que yo le he salvado!

Y le miraba con cariñosos ojos; y le abrazó en un verdadero acceso de emoción aguda, que pasaría tal vez al estado crónico.

Hablaron de cómo se había declarado el incendio en el departamento ocupado por Marcel Lor-

nans... Probablemente por efecto de alguna chispa de la locomotora que penetró por la ventanilla abierta. Después las colchonetas quemadas, el incendio en aumento por la velocidad del tren...

-¿Y esas señoras?- preguntó Marcel Lornans.

-Están bien, y han vuelto de su espanto, mi querido Marcel.

-¡Ya, mi querido Marcel!- pareció decir Juan Taconnat moviendo la cabeza.

-¡Pues le miro a usted como a un hijo!- insistió Dardentor.

-¡Cómo a su hijo!- murmuró el primo.

-Y- continuó, el buen hombre,- ¡si hubiera, usted visto a la señorita Elissane, cuando el tren se detuvo, precipitarse hacia el vagón entre las llamas! ¡Sí! ¡Tan de prisa como yo! Y cuando yo le deposité a usted sobre la vía, ¡si la hubiera usted visto tomar su pañuelo y verter algunas gotas de un frasco de sales... y humedecerle a usted los labios! ¡Ah!, el estado de usted la causó miedo, y he creído que iba a desmayarse.

Marcel Lornans, más conmovido de lo que hubiera deseado aparecer, cogió las manos del señor Dardentor y le agradeció todo lo que por él había

hecho... sus cuidados..., el pañuelo de la señorita Luisa Elissane...

Bien... Nuestro héroe se enterneció y sus ojos se humedecieron.

-¡Una gota de lluvia entre dos rayos de sol!- se dijo Juan Taconnat, que contemplaba el conmovedor cuadro con aire ligeramente burlón.

-En fin, mí querido Marcel, ¿es que no puede usted abandonar el lecho- preguntó el señor Dardentor.

-Me iba a levantar cuando usted ha entrado...

-¡Si puedo ayudarle a usted! y...

-¡Gracias!... ¡Gracias!... Juan está aquí.

-Es que usted me pertenece ahora...

Tengo el derecho de prodigarle a usted mis cuidados.

-Paternales- murmuró Juan.

-Todo lo más paternales que pueden ser... ¡Y que el rabo del demonio me aprieta el gaznate!...

Felizmente Patricio no estaba allí.

-En fin, amigos míos, despachemos. Les esperamos a ustedes en el comedor; una taza de café, o iremos a la estación, donde deseo ver por mis propios ojos si falta algo para la organización de la caravana. Después recorreremos la ciudad... En

seguida los alrededores, y mañana, entre nueve y diez, en camino a la manera árabe... ¡En ruta los turistas! ¡En ruta los excursionistas! Ya verán ustedes si me cae bien mi zerbani... mi cheik..., ¡un verdadero cheik de Cheikardie!

Al fin, después de haber estrechado la mano de Marcel Lornans, que él le tendió desde su lecho, salió canturriando una balada de su país.

Cuando se alejó, Juan Taconnat dijo a Marcel:

-¡Eh! ¿Dónde encontrar un hombre parecido a él con su zerbani africano, y una mujer semejante a ella con su perfumado pañuelo?

-Juan- dijo el otro...- Tu jovialidad se me antoja excesiva.

-¿No me has querido alegre? ¡Pues alegre me tienes!- respondió Juan, haciendo una pirueta.

Marcel comenzó a vestirse, aun un poco pálido.

-Y además- añadió su primo-, ¿acaso no estaremos expuestos a otras aventuras muy diferentes cuando figuremos en el 7.º de cazadores? ¡Puf!... Caídas de caballos... coces de ese noble animal; y durante la batalla, una pierna o un brazo de menos, el pecho agujereado, la nariz rota, la cabeza por los aires y la imposibilidad de reclamar contra la bruta-



lidad de los proyectiles de doce centímetros y hasta de menos... ¡Hermosa perspectiva!

Marcel Lornans creyó prudente no interrumpir la verbosidad de su amigo, y esperó a que concluyera para decirle:

-¡Búrlate lo que quieras, Juan! Pero no olvides que yo he renunciado, a toda tentativa para hacerme adoptar por mi salvador, salvándole a mi vez... Maniobra, combina, obra a tu gusto... Te deseo buena suerte.

-Gracias, Marcel.

-No hay de qué, Juan... Dardentor.

Media hora después, los dos jóvenes penetraban en el comedor, una habitación pequeña pero limpia. Las familias Elissane y Desirandelle estaban agrupadas ante la ventana.

-¡Aquí está! ¡Aquí está!- exclamó Clovis Dardentor.- ¡Hele aquí completo, con todas sus facultades respiratorias y estomacales... escapado de las parrillas!

Patricio volvió la cabeza, pues la palabra «parrilla» le parecía propia para evocar ciertas comparaciones que no eran del mejor gusto.

La señora de Elissane dirigió algunas frases amables a Marcel y le felicitó por haber escapado de aquel peligro.

-Gracias al señor Dardentor- respondió Marcel Lornans.- Sin su sacrificio...

Patricio vio con satisfacción que su amo se contentó con estrechar la mano del joven sin responderle nada.

En lo que concierne a los Desirandelle, con los labios plegados, el rostro seco y la faz adusta, apenas se inclinaron a la entrada de los dos parisienses.

Luisa no pronunció una palabra, pero su mirada se cruzó con la de Marcel Lornans, y tal vez sus ojos dijeron más que lo que hubieran podido decir sus labios.

Después del desayuno, el señor Dardentor suplicó a las señoras que se preparasen mientras volvían, y los dos jóvenes, él y los señores de Desirandelle, padre e hijo, se dirigieron a la estación.

Como se ha dicho, el camino de hierro de Arzeu a Saida se interrumpe en esta última ciudad. Más allá, al través de los terrenos de alfa de la Sociedad francoargelina, la Compañía del Sur- Orán ha llevado su línea por Tafararoua hasta la estación de Kralfalla, de donde parten tres ramales: el uno, en

explotación, desciende por el Kreider hasta Mecheria y Ain-Safra; el segundo, en construcción, recorre la región del Este en la dirección de Zraguet; el tercero, en proyecto, debe ir por Ain-Sfissifa, prolongarse hasta Géryville, cuya altura llega a cerca de mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar.

Pero el viaje circular no comprendía una internación tan profunda hacia el Sur. Desde Saida, los turistas iban a avanzar al Oeste hasta Seb dou, y después á subir al Norte hasta Sidi-bel-Abbes-, donde volverían a tomar la línea de Orán.

Así es que, si Clovis iba a la estación de Saida, era con el objeto de examinar los medios de transporte puestos a disposición de los excursionistas, y quedó satisfecho.

Carros con bancos, cubiertos y tirados por mulas, caballos, asnos y camellos, no esperaban más que las órdenes de los viajeros para ponerse en camino. Por lo demás, ninguno de los otros turistas salidos de Orán había abandonado aún a Saida, y era preferible que el personal de la caravana fuese numeroso para aquella excursión al través de los territorios del Sur, por más que no hubiese peligro que temer por parte de las tribus nómadas.

Marcel Lornans y Juan Tacconnat, hábiles jinetes, eligieron dos caballos que les parecieron buenos. El señor Desirandelle, después de reflexionarlo mucho, se decidió por un asiento en uno de los carros, juntamente con las tres señoras. Agatocles, poco seguro de montar bien, se decidió por un mulo.

Dardentor, excelente jinete, miró los caballos como conocedor, meneó la cabeza y no pronunció una palabra.

No hay que decir que la dirección de la caravana estaba confiada a un agente de la Compañía llamado Derivas, y que tenía a sus órdenes, un guía llamado Muktán y varios criados árabes. Las provisiones, en cantidad suficiente, serían conducidas en un carro; provisiones que podrían ser renovadas en Daya, Sebdou y Tlemcen. Por lo demás, no sería preciso acampar durante la noche. La caravana no andaría, conforme al plan acordado, más que unas diez leguas durante el día, y al llegar la noche se detendría en los pueblos o aldeas diseminadas por el camino.

-Perfectamente- declaró el señor Dardentor.- La organización honra al director de los Caminos de hierro de Argel. No tenemos más que felicitarnos de las medidas tomadas. Mañana a las nueve, cita en la

estación; y puesto que tenemos un día de asueto... en camino, amigos míos, y visitemos Saida la Bella.

En el momento en que salían el señor Dardentor y sus compañeros, vieron u unos cien pasos a una persona que conocían. Era el señor Oriental, que iba a la estación por igual motivo que a ellos les había llevado.

-¡Hele aquí en persona!...- dijo Clovis en tono declamatorio.

Nuevo saludo del Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar, pero ninguna palabra cambiada. El señor Oriental parecía no querer entablar relaciones, lo mismo que había hecho a bordo del *Argelés*.

-¿De forma que será de los nuestros?- preguntó Marcel Lornans.

-Sí... - respondió Clovis Dardentor.

-Supongo- añadió Juan Taconnat- que la Compañía tendrá víveres suplementarios.

-¡Exagera usted, señor Taconnat!- replicó Clovis.- Y, sin embargo, ¡quién sabe si ese astrónomo nos será útil en el viaje! Supongan ustedes que la caravana se pierde; pues él la pondría en camino con sólo consultar los astros.

En fin; se vería de aprovechar la presencia del sabio si las circunstancias lo requerían.

Como lo había propuesto el señor Dardentor, la mañana y la tarde fueron consagradas a paseos por el interior y el exterior de la ciudad.

La población de Saida cuenta unos tres mil habitantes, población mixta, compuesta en una sexta parte de franceses, de una docena de judíos y el resto de indígenas.

El pueblo, originario de un círculo de la subdivisión militar de Mascara, fue fundado en 1854. Pero diez años antes no subsistían más que ruinas de la antigua ciudad, tomada y destruida por los franceses. Este cuadrilátero, cercado de murallas, formaba una de las plazas fuertes de Abd- el- Kader. Desde aquella época, la nueva ciudad ha sido reconstituida a dos kilómetros al SE. Está regada por el Meniarin, que sale de una profunda garganta. Preciso es convenir en que Saida la Bella no ofrecía a los turistas más que una copia de Saint- Denis del Sig y de Mascara, con su organización moderna mezclada a las costumbres indígenas. Siempre el inevitable juez de paz, el recaudador, el guardabosque, el tradicional registro árabe. Nada de artístico que atraiga la atención, ningún resto de color local, lo que no es de

extrañar, pues se trata de una ciudad de fundación relativamente reciente.

El señor Dardentor no pensó en quejarse. Su curiosidad quedó satisfecha, y experimentó de nuevo sus instintos de industrial ante los molinos y las serrerías, cuyo tic-tac agudo y estridentes chirridos encantaron sus oídos. Lo único que pudo disgustarle fue no haber llegado a Saida en miércoles, día de gran mercado de lanas. Aparte de esto, su natural disposición a admirarlo todo no debía desfallecer durante la excursión, y tal como se le veía al principio se le vería al término del viaje.

Felizmente, los alrededores de Saida ofrecen más pintoresco aspecto, paisajes dispuestos para el encanto de los ojos, puntos de vista encantadores propios para tentar la paleta de un pintor. Allí también vense opulentos viñedos y ricos planteles, donde se admiran todas las variedades de la flora argelina. En suma, como en las tres provincias de la colonia francesa, el campo de Saida revela sus cualidades productoras. Se cuentan quinientas mil hectáreas destinadas al cultivo del alfa; las tierras son de primer orden, y el Oued-Meniarin les da el agua suficiente; de forma que los resultados son grandes en aquel suelo soberbio, que la Naturaleza ha grati-

ficado, por otra parte, de ricas canteras de mármol de amarillas venas.

De aquí la reflexión del Sr. Dardentor:

-¿Cómo Argelia con sus recursos naturales no puede bastarse a sí misma?

-Tiene demasiados funcionarios y pocos colonos- respondió Juan.

Prosiguióse el paseo hasta dos kilómetros al NO. de Saida. Allí, sobre un talud en cuya base corre el Meniarin a trescientos pies de profundidad, se elevaba la antigua ciudad. Nada más que ruinas de la fortaleza del famoso conquistador árabe, que tuvo la suerte final de todos los conquistadores.

El grupo Dardentor regresó a la fonda a la hora de comer, y después cada uno se retiró a su cuarto a terminar sus preparativos de viaje.

Si Juan Taconnat tuvo que apuntar aquel día como perdido, Marcel Lornans pudo inscribir un feliz renglón en su activo. Había tenido ocasión de hablar con Luisa y darla las gracias por sus cuidados.

-¡Ah, caballero!- había respondido la joven.- Cuando le he visto a usted desmayado, respirando apenas, he creído que... ¡No!..., ¡jamás lo olvidaré!



Preciso es convenir en que aquellas palabras eran más significativas que el hermoso temor de que el señor Dardentor había hablado.

XII

**EN EL QUE LA CARAVANA ABANDONA A  
SAIDA Y LLEGA A DAYA.**

Al día siguiente, una hora antes de la partida, el personal y el material de la caravana esperaban en la estación la llegada de los turistas. El agente Derivas daba sus últimas órdenes. El árabe Muktani acababa de ensillar su caballo. Tres carros y una carreta, colocados en hilera en el fondo del patio, con sus conductores en el pescante, estaban dispuestos. Una docena de caballos y mulas piafaban, mientras que dos pacíficos camellos, ricamente enjaezados, estaban tendidos al sol. Cinco indígenas reclutados para el tiempo que la excursión durase, agrupados en un rincón, con los brazos cruzados o inmóviles, esperaban la señal del jefe.

Con el grupo Dardentor, compuesto de nueve personas, la caravana sería de diez y seis excursionistas. Siete viajeros venidos de Orán, el señor Oriental entre ellos, que se apearon del tren dos días antes en Saida, iban a efectuar aquel viaje circular tan bien organizado. Viajera ninguna. Las señoras de Elissane y la de Desirandelle serían las únicas que representarían el elemento femenino.

Clovis Dardentor y sus compañeros, precedidos por Patricio, llegaron de los primeros a la estación. Poco después aparecieron los demás turistas, de Orán la mayor parte, algunos de los que conocían a la señora de Elissane.

El señor Oriental, con su anteojo a la espalda y su saco en la mano, saludó a los ex pasajeros del *Argelés*, que le devolvieron el saludo. Aquella vez, Clovis se acercó a él con la mano extendida y la boca sonriente.

-¿Usted también?- preguntó.

-Sí, también- respondió el Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar.

-Veo que no ha olvidado usted su anteojo de larga vista. Tanto mejor, pues si nuestros guías se equivocan, será caso de abrir el ojo.

Patricio volvió el severo rostro, mientras Clovis y el señor Oriental se sacudían fuertemente la mano.

Entretanto Marcel Lornans desembarazaba a la señora y señorita de Elissane de los objetos que en las manos llevaban, el señor Desirandelle vigilaba que el equipaje fuera cuidadosamente colocado en la carreta. Agatocles acariciaba al mulo que había elegido, cuyas orejas se enderezaban nerviosamente. Juan Taconnat, pensativo, interrogaba aquel porvenir de quince días, al que se limitaba el viaje al través de los territorios del Sur de Orán. Formóse rápidamente la caravana. El primer carro, dotado de blandos almohadones y abrigado con cortinas, recibió a la señora de Elissane y su hija, a la de Desirandelle y su marido. En el segundo y tercero tomaron asiento cinco turistas que preferían la tranquilidad de aquel modo de transporte a la agitación de las caballerías.

Los dos parisienses montaron de un salto. Agatocles se izó pesadamente sobre su mulo.

-Mejor sería que subieras al carro le gritó su madre.- Tu padre te cedería el sitio.

Y el señor Desirandelle estaba dispuesto a favorecer esta combinación, que tenía la ventaja de poner a su hijo al lado de Luisa; pero Agatocles se obstinó en ir en su mulo, el que, no menos obstina-

do, se prometía, sin duda, jugarle alguna mala pasada.

El agente Derivas estaba ya a caballo y dos de los turistas también, cuando las miradas de todos se dirigieron a Clovis Dardentor.

El asombroso personaje, con la ayuda de su criado, acababa de echarse sobre los hombros el zerbaní africano. Verdad que el fez o el turbante faltaban en su frente, ceñida por el casquete blanco de los turistas, pero sus polainas tenían estilo árabe y estaba magnífico con aquel traje aprobado por Patricio. Tal vez éste esperaba que ya su amo no se expresaría mas que en términos escogidos y con una elegancia completamente oriental.

El señor Dardentor cabalgó sobre la giba de uno de los dos camellos acostados, y el guía Muktani en el otro. Los dos animales se levantaron majestuosamente, y Clovis saludó con un gracioso ademán a sus compañeros de viaje.

-¡No hace nunca lo que los demás!- dijo la señora de Desirandelle.

-¡Con tal que no le suceda nada!- murmuró la joven.

-¡Qué hombre!- repetía Juan Taconnat a su primo.- ¡Qué honra ser hijo suyo!

-¡Al mismo tiempo que tenerle por padre!- replicó Lornans, cuyo pleonasma fue acogido con una carcajada de su primo.

Patricio había montado con gran dignidad en su mulo, y el agente Derivas dio la señal de partida.

El orden de la caravana era el que sigue: a la cabeza, a caballo, el agente; después, en los dos camellos, Dardentor y el guía Muktani; Agatocles, procurando guardar el equilibrio en su mulo; en seguida los tres carros, en uno de los que iba el señor Oriental, y, por último, la carreta que transportaba a los indígenas con las provisiones, armas, equipajes, menos dos de aquellos, montados a retaguardia.

El trayecto de Saida a Daya no excede de cien kilómetros. El itinerario, cuidadosamente estudiado, indicaba una aldea a mitad del camino, a la que se debía llegar a las ocho de la noche, y donde se pasaría ésta, partiendo al siguiente día a fin de llegar a Daya por la noche. Una legua por hora permitiría transformar el viaje en un paseo al través de aquellos territorios de tan variado aspecto.

Al salir de Saida la caravana, abandonó inmediatamente el terreno de colonización por el territorio de Beni-Meniarin. Una vía de gran comunicación que se prolonga hasta Daya se abría

ante los turistas en dirección Oeste. No había más que seguir por ella.

El cielo estaba sembrado de nubes que arrojaba rápidamente la brisa NE. La temperatura era muy aceptable gracias al fresco de la atmósfera. El sol no enviaba más rayos que los precisos para producir el contraste de la luz y la sombra y dar valor a los viajeros.

La marcha se hacía al trotecillo de las cabalgaduras, pues el camino sube desde novecientos a mil cuatrocientos metros.

A algunos kilómetros, la caravana dejó las ruinas a la derecha y franqueó la extremidad del bosque Doui-Thabet, dirigiéndose hacia las fuentes del Oued-Hounet. Se rodeó entonces el bosque de los Djeffra-Cheraga, cuya superficie no es inferior a veintiún mil hectáreas.

Al Norte se desarrollan las vastas plantaciones de alfa, con sus talleres provistos de prensas hidráulicas, para comprimir la *stipa tendrissima*, el alfa en árabe. Esta gramínea, que resiste a la sequedad y al calor, sirve de alimento a los caballos y bestias, y sus hojas redondas son empleadas para la fabricación del esparto, sábanas, cordones, tapices, zapatos y sólido papel.

-Además- dijo el agente al señor Dardentor-, inmensas planicies de alfa inmensos bosques, montañas de las que se extrae el mineral de hierro, canteras que dan piedra y mármol se sucederán en nuestro camino.

-Y no nos quejaremos- respondió Dardentor.

-Sobre todo si los puntos de vista son pintorescos- añadió Marcel Lornans, pensando en otra cosa.

-¿Abundan los ríos en esta parte de la provincia?- preguntó Juan Taconnat.

-¡Hay más que venas en el cuerpo humano!- respondió el guía Moktani.

La región pertenece al Tell, nombre dado a aquella banda inclinada hacia el Mediterráneo Es la más favorecida de la provincia de Orán, donde los calores son excesivos y superiores a los de la antigua Berbería.

No obstante, la temperatura es soportable, lo mismo que sobre los Hauts-Plateaux de los pastos y lagos salados, pues más allá en el Sahara, el aire se carga de un polvo que ciega, y los reinos animal y vegetal son devorados por los ardores del sol africano.

Si el clima de la provincia es el más cálido de Argelia, es el más sano por efecto de las frecuentes bri-



sas del NE. Tal vez también la porción del Tell de Orán que iba a recorrer la caravana es menos montañosa que el Tell de las provincias de Argel y Constantina. Mejor regadas sus llanuras, son más susceptibles de vegetación y su suelo es excelente, prestándose a toda clase de cultivo, y con especialidad al del algodón, cuando están impregnadas de sal, habiendo trescientas mil hectáreas en estas condiciones.

Por lo demás, bajo la cubierta de aquellos inmensos bosques, la caravana podía caminar sin temor alguno de los calores estivales, ya sofocantes en el mes de Mayo. ¡Y qué vegetación, variada, poderosa, exuberante, se ofrecía ante los ojos! ¡Qué aire se respiraba, impregnado de los perfumes de las odoríferas plantas! Por todas partes juyubales, algarrobas, madroños, lentiscos, palmeras, mirtos, tomillos, espliego, y formando macizos toda la variedad de robles, de tan gran valor forestal, encinas, alcornoques, etc.; y además, tuyas, cedros, olmos, olivos salvajes, fresnos, pistachos, enebros, naranjos, eucaliptos, tan prósperos en Argelia, y millares de pinos de Alepo, sin hablar de los árboles de la resina.

Encantados, alegres, en este estado particular de los principios de un viaje, los excursionistas hicieron con entusiasmo la primera etapa de su itinerario. A su paso cantaban los pájaros, y el señor Dardentor pretendía que la amable Compañía de ferrocarriles Argelinos era quien había organizado aquel concierto. Su camello le conducía con los miramientos debidos a tan alto personaje, y aunque algunas veces un trote demasiado rápido hiciera que el jinete chocara contra las dos gibas del rumiante, aseguraba que jamás había encontrado montura de paso más suave y regular.

-¡Es superior a un caballo!- decía.

-¿Pero es verdad, señor Dardentor, que ese animal no le parece a usted muy duro?- preguntó Luisa.

-No, querida señorita. Él es el que debe encontrarme de una dureza de mármol de los Pirineos.

En ese instante, los caballeros se habían acercado a los carros y se cambiaron algunas palabras. Marcel Lornans y Juan Taconnat pudieron hablar con la señora de Elissane y su hija, con gran disgusto de los Desirandelle, que no dejaban de vigilar a Agato-cles, alguna vez en riña con su mulo.

-¡Ten cuidado con caerte!- le recomendaba su madre cuando el mulo daba alguna huída.

-¡Si cae se levantará!- respondió el señor Dardentor-. Vamos, Agatocles, procura no hacerte disparar.

-¡Hubiera preferido que viniera en el coche!- repetía el señor Desirandelle.

-¡Ah!... ¿Dónde va?- exclamó de repente Clovis Dardentor-, ¿Es que vuelve a Saida? ¡Eh, Agatocles, que equivocas el camino, hijo mío!

Efectivamente, a pesar de los esfuerzos del jinete, el mulo, saltando, retrocedía, sin querer oír nada.

Fue preciso detenerse algunos minutos, y Dardentor dio a Patricio el encargo de traer la bestia.

-¿A quién se aplica ese calificativo preguntó Juan Taconnat en voz baja-, al caballero o a la cabalgadura?

-A los dos- murmuró Marcel Lornans.

-Señores, señores, un poco de indulgencia- respondió Clovis Dardentor, que reprimía su risa con gran dificultad.

Pero seguramente Luisa oyó lo que decían, y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

Al fin calmóse la inquietud de la señora de Desirandelle. Patricio se había reunido en seguida con Agatocles y traía al desobediente animal.

- No es culpa mía- dijo el necio-, yo tiraba bien.

-¡No tires más!- respondió Dardentor, cuya estentórea voz espantó a los alados huéspedes de un macizo de lentiscos.

A las diez y media la caravana había franqueado el límite que separa Beni-Meniarin del Djafra-ben-Djafour. El paso del pequeño río tributario que alimenta los arroyos de la región septentrional se efectuó sin dificultad. Lo mismo sucedió algunos kilómetros más allá con el Fenouan, cuyas aguas corren en lo más espeso del bosque Cheraga.

Hacía veinte minutos que el sol había llegado al Meridiano cuando Muktani dio la señal de parada. El sitio era agradable para almorzar, bajo la sombra de las encinas, que no pueden traspasar los más fuertes rayos del sol, y a orillas del Oued-Fenouan, de límpidas y frescas aguas.

Apeáronse los jinetes de los caballos y mulos, que no tienen la costumbre de extenderse en el suelo; los dos camellos doblaron las rodillas, alargando sus cabezas sobre la hierba que tapizaba el camino. Clovis Dardentor y el guía echaron pie a tierra, y las bestias fueron a pacer no muy lejos, bajo la vigilancia de los indígenas; no faltaban abundantes y sustanciosos pastos. El carro fue descargado de las provisiones traídas de Saida, conservas varia-

das, carne fría, pan, apetitosas frutas, bananos, higos, peras, dátiles, etc. ¡Y qué apetito general, tan vivamente agujoneado por el aire libre!

-¡Esta vez- observó Juan Taconnat- no habrá un capitán Bugarach que meta su barco entre las olas irritadas a la hora de almorzar!

-¿Cómo?... ¿Se habrá atrevido el capitán del *Argelés*?... preguntó el señor Desirandelle.

-Sí..., querido amigo... ¡Se ha atrevido!- exclamó el señor Dardentor.- ¡Y en interés de los accionistas de la Compañía! ¡Los dividendos ante todo! ¡Tanto mejor para los que tienen sólido el estómago, y se burlan del mareo como un marsuino de un golpe de mar!

La nariz de Patricio se había levantado tres veces.

-¡Pero aquí- continuó el señor Dardentor- el piso no se mueve, y no tenemos necesidad de una mesa especial!

Efectivamente: el servicio se había colocado sobre la hierba. No faltaba nada ni platos, ni vasos, ni tenedores, ni cuchillos... Todo estaba muy limpio.

No hay que decir que los turistas almorzaron juntos, lo que hizo mayor la intimidad. Cada uno se sentó en el sitio de su agrado. Marcel no muy cerca

de Luisa por discreción, pero tampoco muy lejos, junto a su salvador, que le adoraba desde que le había arrancado a las «llamas turbulentas de un vagón incendiado!», frase soberbia que repetía el señor Dardentor.

Aquella vez en la campestre mesa no había sitio privilegiado, y el señor Oriental no tuvo que pensar en elegir lugar. Mantúvose algo alejado de la intimidad común, y gracias a la finura de vista, escogió los mejores trozos, por más que algunos de ellos se los escatimó Juan Tacconnat con la destreza de un prestidigitador, lo que dio origen a algún gestecillo de disgusto, que el señor Oriental no trató de disimular.

En resumen: aquella primera comida fue muy alegre. Nuestro héroe fue el que más lo demostró. No tardó en generalizarse la conversación. Se habló del viaje, de las sorpresas que les esperaban, de azares de un itinerario por una comarca tan interesante. Con este motivo la señora de Elissane preguntó si no había nada que temer de los leones de aquella región.

-¿Leones?- respondió Clovis Dardentor.- ¡Bah! ¿Es que somos tan pocos? ¿Es que en la carreta no hay carabinas, pistolas y municiones bastantes? ¿Es

que mis amigos Marcel Lornans y Juan Taconnat no están acostumbrados al manejo de las armas de fuego? ¿Es que entre nuestros compañeros no los hay que hayan ganado los premios del tiro? Respecto a mí, sin alabarme, confieso que me siento capaz de agujerear a cuatrocientos metros mi cubreorejas.

-¡Hum!- dijo Patricio, a quien no gustó esta manera de designar un sombrero.

-Señoras- dijo entonces el agente Drivas-, pueden ustedes estar tranquilas en lo que se refiere a las fieras. No hay ataque que temer, puesto que sólo durante el día viajamos. Los leones, panteras, leopardos y hienas no abandonan sus escondrijos más que durante la noche, y al llegar ésta, nuestra caravana estará siempre refugiada en algún pueblo europeo o árabe.

-¡Bah!- respondió Clovis Dardentor.- Me río yo de vuestras panteras como de un gato glotón; y en cuanto a vuestros leones... - añadió tendiendo el brazo a guisa de carabina, como si se hallase ante una bestia imaginaria- ¡Pum! ¡Pum! ¡En la caja de los sesos!

Patricio se apresuró a ir en busca de un plato que nadie le había pedido.

Por lo demás, el agente decía la verdad: durante el día no era de temer la agresión de las bestias feroces. Respecto a los demás habitantes de aquellos bosques, chacales, zorros, gacelas, avestruces, verracos, monos, con o sin cola, era inútil preocuparse de ellos, como tampoco de los escorpiones y víboras, muy raros en el Tell.

Sería ocioso advertir que el almuerzo fue regado con buenos vinos de Argelia, principalmente el blanco de Mascara, sin hablar del café y de los licores.

A la una y media la marcha continuó en el mismo orden. El camino penetraba más profundamente a través del bosque de Tendfeld, perdiéndose de vista las extensas exploraciones de alfa.

A la derecha dibujábanse las alturas conocidas con el nombre de Montañas de Hierro, de las que se extrae este excelente mineral.

No lejos existen pozos romanos, que se utilizan para la extracción del mismo.

Los senderos que cortan la zona forestal de la provincia eran frecuentados por los obreros empleados en las minas o en los depósitos de alfa. La mayor parte presentaba ese tipo morisco en que se mezcla la sangre de los antiguos líbanos, berbe-



riscos, árabes, turcos y orientales, tanto los que habitan en los valles como los que viven en medio de las montañas, sobre los Hauts- Plateaux, en el límite del desierto. Pasaban en grupos, y, por su parte, no había por qué temer los ataques soñados por Juan Taconnat.

A las siete de la tarde los turistas llegaron al punto en que la carretera cruza con el camino vecinal de los alfacieros, el cual se aparta del camino de Sidi- bel- Abbes a Daya, y se prolonga hasta el Sur de los territorios de la Compañía franco- argelina.

Allí apareció una aldea, donde, conforme al itinerario, la caravana debía pasar la noche. Tres casas bastante limpias estaban dispuestas para recibirla. Después de comer, los lechos fueron repartidos, y aquella primera jornada de doce leguas dio a los viajeros diez horas de sosegado sueño.

A la mañana siguiente la caravana se puso nuevamente en marcha, y caminó de forma de hacer durante el día la segunda jornada hasta Daya.

Pero antes de partir, Clovis Dardentor, llamando aparte a los señores Desirandelle, tuvo con ellos la conversación siguiente:

-¡Ah, queridos amigos! ¿Y su hijo?... ¿Y la señorita Luisa? Me parece que el asunto no marcha bien. ¡Qué diablo! ¡Es preciso que aguce el ingenio!

-¡Qué quiere usted, señor Dardentor!- respondió el señor Desirandelle.- Es un mozo tan discreto... ¡tan prevenido!

-¡Prevenido!..- exclamó el otro.- ¡Vamos! ¿Acaso no debería ir de continuo junto al carro que ustedes ocupan, y aprovechar las paradas para ocuparse de su novia... hablarla... cumplimentarla por su buen humor y su buena cara..., en fin, sobre todo, ese montón de lisonjas que deben dirigirse a los jóvenes? ¡Si ese diablo de Agatocles no abre el pico!

-Señor Dardentor- respondió la señora de Desirandelle-, ¿me permite usted que le diga una cosa que me mortifica?

-Hable usted, señora mía.

-Pues bien: ha hecho usted mal en traer con usted a esos dos parisienses.

-¿A Juan y a Marcel? En primer lugar, yo no les he traído, sino que han venido solitos... Nadie podía impedirlo...

-Tanto peor, pues esto es muy enojoso.

-¿Y por qué?

-Porque uno de ellos fija su atención en Luisa más de lo que conviene, y esto lo ha notado ya la señora de Elissane.

-¿Y cuál de ellos?

-Ese señor Lornans... Ese fatuo, al que no puedo sufrir.

-¡Ni yo!- añadió el señor Desirandelle.

-¿Cómo?- exclamó Clovis.- ¡Mi amigo Marcell!... ¡El que yo he salvado de las turbulentas llamas!...

No añadió el fin de la frase.

-¡Vamos, amigos míos!- continuó. Eso no es cierto. Marcel no se ocupa de nuestra querida Luisa más que un hipopótamo de un ramo de violetas. Terminada la excursión, Juan Taconnat y él volverán a Orán, donde deben alistarse el 7.º de cazadores. ¡Ustedes han soñado todo esto! Además, si Marcel no hubiera venido, yo no hubiera tenido ocasión de...

Y su frase acabó en estas dos palabras: ¡Vagón incendiado!

Evidentemente hablaba de buena fe, sin embargo, imposible negar su predilección por Lornans.

A las nueve la caravana penetró en el vasto bosque de la región, el de Zegla, que la carretera atra-

viesa diagonalmente, bajando hacia Daya, y que tiene una extensión de sesenta y ocho mil hectáreas.

Al mediodía terminóse la segunda jornada, y, lo mismo que la víspera, se almorzó a la fresca sombra de los árboles, a orillas del Oued-Sefioum.

Y tal era la disposición de ánimo del señor Dardentor, que no pensó en observar si Marcel Lornans se mostraba o no atento con Luisa.

Durante el almuerzo, advirtió que señor Oriental sacaba de su saco diversas confituras, de las que a nadie ofreció, y que paladeó con la sensualidad de un *gourmet*. Como siempre, habíase servido los mejores trozos.

-No tiene necesidad de su anteojo para descubrirlos- dijo Juan Taconnat al señor Dardentor.

Por la tarde, a las tres, carruajes, caballos, camellos y mulos hicieron alto ante las ruinas berberiscas de Taourira, que interesaron a dos de los turistas, más arqueólogos que los demás.

Siguiendo su camino al SO., la caravana penetró en el territorio de Djafra-Thouama y Mehamid, regado por el Oued-Taoulila. No fue preciso desenganchar bestias para poder pasar.

El guía se mostraba muy inteligente con esa inteligencia que prevé las buenas propinas cuando el

viaje se efectúa con general satisfacción. Al fin, el pueblo de Daya, en el extremo del bosque del mismo nombre, apareció en la penumbra del crepúsculo, a eso de las ocho.

Una buena posada dio hospitalidad a toda aquella gente, algo fatigada.

Antes de meterse en la cama, uno los parisienses dijo al otro:

-En fin, Marcel, si fuéramos atacados por las fieras, yuviéramos la suerte de salvar al señor Dardentor de las garras un león o de una pantera, ¿no serviría esto de nada?

-Sí- respondió Marcel Lornans, medio dormido.- Sin embargo, te advierto que en un ataque de ese género no sería a él a quien yo pensaría salvar.

-¡Diablo!- dijo Juan Taconnat.

Y ya en la cama, oyendo ciertos aullidos que en torno de la posada resonaban, exclamó:

-¡Callad, bestias, que pasáis el día durmiendo!

Y después, antes de cerrar los ojos:

-Vamos, está escrito que yo no llegaré a ser hijo... ni aun nieto, de ese excelente hombre.

**XIII**

**EN EL QUE SE MEZCLAN POR IGUALES  
DOSIS LA GRATITUD Y EL  
DESCORAZONAMIENTO DE JUAN  
TACONNAT.**

Daya, la antigua Sidi-bel-Kheradji de los árabes, ahora una ciudad amurallada y protegida por cuatro fuertes, defiende la entrada de los Hauts- Plateaux de Orán.

A fin de que los turistas descansaran de las fatigas de los dos primeros días, el programa indicaba veinticuatro horas de parada en la capital. La caravana, pues, no debía volver a ponerse en camino hasta el segundo día.

Ningún inconveniente hubiera habido en prolongar la estancia; pues aquel punto, colocado a

unos mil cuatrocientos metros de altura, en el flanco de montañas llenas de árboles y en medio de un bosque de pinos y encinas de catorce mil hectáreas, goza de un clima de una salubridad excepcional, siendo por este motivo muy solicitado por los europeos.

En esta ciudad de diez y seis a diez y siete mil habitantes, en su mayor parte indígenas, los franceses se reducen a los oficiales y soldados del puesto militar.

No hay para que hablar de la parada que los excursionistas hicieron en Daya. Las señoras no pasaron fuera de la ciudad. Los hombres se aventuraron un poco más lejos, por las pendientes de las montañas y el interior de los frondosos bosques. Algunos bajaron por la llanura, hasta los bosques pantanosos que llevan el mismo nombre que el pueblo, y en los que se ven los pistachos y los juyubales salvajes.

Admirándolo siempre todo el señor Dardentor, fue el que arrastró á sus compañeros durante todo aquel día. Tal vez Marcel Lornans- hubiera preferido permanecer al lado de la señora y de la señorita Elissane, aunque tuviera que sufrir la insoportable presencia de los Desirandelle. Pero el salvador no

podía separarse del salvado. Respecto a Juan Taconnat, su sitio estaba junto a Clovis, del que no se apartaba un paso.

Solamente Agatocles no tomó parte en esta excursión, gracias a la intervención del señor Dardentor, que sermoneó sobre el caso a los Desirandelle, padres. Era preciso que su hijo quedase junto a Luisa, puesto que las señoras no les acompañaban. Una franca explicación pondría en claro la situación de los novios. Había llegado el momento de provocar esta explicación, etc. Y Agatocles se había quedado.

¿Se efectuó la explicación? No se sabe. No obstante, por la noche, el señor Dardentor, llamando aparte a Luisa, la preguntó si se hallaba en disposición de partir al día siguiente.

-Desde las primeras horas- respondió la joven, cuyo rostro expresaba un indefinible disgusto.

-Agatocles le ha acompañado a usted todo el día..., y es a mí a quien usted debe...

-¡Ah! ¿A usted, señor Dardentor?

-Sí, yo he tenido esa excelente idea, y no dudo que esté usted satisfecha.

-¡Oh, señor Dardentor!...



Aquel *jab!* y aquel *job!* decían mucho más de lo que se hubiera podido expresar en una conversación de dos horas. Sin embargo, nuestro héroe insistió en el asunto, haciendo que Luisa le confesara que no podía sufrir a Agatocles.

-¡Diablo!- murmuró al alejarse- ¡Esto va mal! ¡Bah! Aun no se ha pronunciado la última palabra. El corazón de una joven es un abismo...; y ¡qué bien he hecho en no hundir mi cabeza en uno de ellos!

Así razonaba Dardentor, sin que se le ocurriera que Marcel Lornans pudiera causar perjuicio al hijo de los Desirandelle. En su opinión, la notoria nulidad, la inconsciente tontería de su candidato, bastaban para explicar el desdén de Luisa Elissane.

Al siguiente día, a las siete, abandonaron el pueblo de Daya. La gente y las bestias estaban descansadas. El tiempo era favorable; el cielo, brumoso al amanecer, no tardaría en despejarse. Además, no era de presumir que lloviese. Las nubes se condensan tan raramente en las provincias de Orán, que en veinte años la altura media de las lluvias no ha alcanzado un metro, mitad de lo que ha caído en las otras provincias de Argelia. Felizmente, si el agua no viene del cielo, brota del suelo gracias a las múltiples ramificaciones de los ríos.

La distancia entre Daya y Sebdou es de unos setenta y cuatro kilómetros, siguiendo el camino que conduce desde Ras-el-Ma a Sebdou por El-Gor; y es preferible aceptar este rodeo a aventurarse en línea recta al través de las plantaciones de alfa del Oeste y de los cultivos indígenas, pues este accidentado país no ofrece a los viajeros la saludable sombra de los bosques limítrofes del Sur.

Desde Daya, el camino desciende hacia Sebdou. Partiendo al amanecer; Y andando rápidamente, la caravana esperaba llegar a El-Gor por la noche. Gran jornada, sin duda, interrumpida únicamente por el almuerzo al mediodía, y de la que los caballos, mulas y camellos hubieran tenido razón para quejarse, pero no lo hicieron.

El orden de costumbre fue mantenido en aquella comarca, donde abundan las fuentes, Ain-Sba, Ain-Bahiri, Ain-Sissa, afluyentes del Oued-Messoulen, y también las ruinas berberiscas, romanas y árabes. En las dos primeras horas, los turistas anduvieron los veinte kilómetros hasta Ras-el-Ma, una estación del camino de hierro en construcción que Sidi-bel-Abbes destaca hacia la región de los Hauts-Plateaux. Era el punto más al Sur que debían tocar durante el viaje circular.

No había más que seguir la extensa curva que une a Ras-el-Ma con El-Gor, y que es preciso no confundir con una estación del dicho camino de hierro.

Breve parada en aquel sitio, donde entonces trabajaban los obreros de la vía férrea, la que desde la estación de Magenta se extiende por la ribera derecha del Oued-Hacaiba, subiendo por la costa novecientos cincuenta y cinco metros a mil ciento catorce. Penetraron primeramente en un bosquecillo de cuatro mil hectáreas, el bosque de Hacaiba, que el río de este nombre separa del bosque de Daya, y cuyas aguas están contenidas por una valla.

A las once y media hubo descanso en la orilla opuesta del bosque.

-Señores- dijo el agente Derivas después de haber conferenciado con el guía Muktani:- propongo a ustedes almorzar en este sitio.

-¡Proposición que es siempre bien acogida cuando uno se muere de hambre!- respondió Juan Taconnat.

-¡Y nosotros morimos de ella!- añadió Dardentor.- Yo tengo el baúl vacío.

-Aquí hay un río que nos dará agua clara y fresca- dijo Marcel Lornans,- y si el sitio es del gusto de estas señoras...

-La proposición de Moktani- dijo Derivas- debe ser aceptada por cuanto hasta el bosque de Ourgla, es decir, durante doce o quince kilómetros al través de las plantaciones de alfa, no tendremos sombra.

-Aceptado- respondió Dardentor.- Y que estas señoras no se asusten por un rato de camino al sol. Dentro del carro irán bien defendidas, y en cuanto a nosotros, bastará que miremos frente a frente al astro del día para hacerle bajar los ojos.

El almuerzo, lo mismo que el de la víspera, se compuso de las provisiones que conducía la carreta, renovadas en Daya, y que aseguraban el alimento hasta Sebdou.

La más grande intimidad existía entre los diversos miembros de la caravana, a excepción del señor Oriental, que se mantenía siempre alejado. No había, por lo demás, más que motivo de alegría por el modo como la excursión se efectuaba, y para felicitar a la Compañía, que lo había previsto todo a completa satisfacción de los excursionistas.

Marcel Lornans se distinguió por su cortesía. Instintivamente, Dardentor se sentía orgulloso de él, como un padre de su hijo. Se le escapó este grito:

-¡Eh, señoras... qué bien he hecho en salvar a mi querido Marcel y arrancarle!...

-De las turbulentas llamas de un vagón incendiado- no pudo menos de decir Juan.

-¡Perfectamente, perfectamente!- exclamó Dardentor.- Esa es mi frase... compuesta de soberbias palabras. ¿ Te agrada, Patricio?

Éste respondió sonriendo:

-Verdaderamente tiene un hermoso carácter, y cuándo el señor se expresa en esa forma académica...

-Vamos, señores- dijo Clovis levantando su vaso.- ¡ A la salud de estas señoras, y a la nuestra también! ¡No olvidemos, que estamos en el país de los... Siempre- bendita- Pompa!

-¡Esto no podía durar!- murmuró Patricio bajando la cabeza.

Inútil es decir que los señores de Desirandelle encontraban a Marcel cada vez más insoportable, más fatuo, más bellaco, y que se prometían hacer cambiar al señor Dardentor en este punto, cosa difí-

cil en el estado en que este hombre expansivo se encontraba.

Al mediodía, la vajilla, cestas y botellas fueron colocadas de nuevo en la carreta, y los excursionistas se dispusieron a continuar el viaje.

Pero en este momento notóse la ausencia del señor Oriental.

-¡No veo al señor Oriental!- dijo el agente Derivas.

Nadie le veía, por más que hubiera tomado parte en la comida con la exactitud de su apetito de costumbre.

¿Qué le había sucedido?

-¡Señor Oriental!- gritó Clovis Dardentor con poderosa voz.- ¿Dónde se habrá metido ese coco con su telescopio? ¡Eh, señor Oriental!

Nadie respondió.

-No podemos abandonar a ese caballero- dijo la señora de Elissane.

Evidentemente, no podía ser. Pusiéronse en su busca, y bien pronto en un ángulo del bosque le vieron con su anteojó dirigido hacia el NO.

-No le molestemos- aconsejó Dardentor-, puesto que está en disposición de interrogar el horizonte. En este particular es capaz de prestarnos grandes

servicios. Sólo con tomar la altura del sol, si nuestro guía se pierde, nos pondrá en buen ca

-De la despensa- acabó Juan Taconnat.

Una extensa explotación de alfa ocupa esta parte del territorio de Ouled-Balagh, que los excursionistas atravesaban subiendo  
lleno de innumerables g  
hasta perderse de vista, apenas si daba paso a los carruajes. Sólo en fila se podía avanzar.

a-

radioso fue aquel día, puesto que la linda cara de Luisa desapareció

tor, a caballo entre las dos jorobas del dromedario (*beduinando como un verda* no  
había conseguido hacer bajar los ojos al sol, y li-  
piándose la sudorosa frente, echaba tal vez de me-

contra los rayos solares.

-¡Diablo!- exclamó; quema hasta el rojo blanco  
tremo a otro del horizonte.  
te. ¡Abraza la sesera!...

-La cabeza, señor- observó Patricio.

Hacia el NO. se redondeaban las verdes alturas macizo de los Hauts-Plateaux.

A las tres se llegó al bosque en que la caravana trable cubierta de las encinas, un aire sa do de aromas frescos y vivifi cantes.

El bosque Ourgla es uno de los más espaciosos mil hectáreas. El camino le atravesaba en una exte - sión de once a doce kilómetros. Amplio por los ac - rreos que el Gobierno efectúa en la época de las cortinas de los carros fueron descorridas; los caba lleros se acercaron. Alegres frases se cambiaron de uno a otro lado. El señor Dardentor repetía, en s li - citud de felicitaciones que nadie le rehu los Desirandelle, de peor humor que nunca:

ha aconsejado a ustedes este delicioso viaje? ¿Está usted contenta, se e - ñorita Luisa? ¿Duda usted aún en aban su casa de la calle del Castillo Viejo?... ¡Vamos! No se puede cambiar este magnífico bosque por las c -



lles de Orán. ¿Acaso el boulevard Oudinot o el paseo de Letang puede compararse con él?

No; tanto más cuanto que en aquel ins  
grupo de monos pequeños escoltaba la caravana,

rama, gritando y haciendo gestos. El señor Da -  
dentor, deseoso de mostrar su destreza, emitió la

llos animales con su  
dos, sin duda, hubieran querido  
imitarle, la diversión hubiera producido el efecto de

vinieron las seño  
ras, y no había medio de resistir a la señorita de  
Elissane pi iosas  
muestras de la fauna de Argel.

r-

riesgo de disparar so

-¡Oh, señor Taconnat! -murmuró Clovis...  
¡Realmente usted aplasta a ese mo  
generoso!

Y como viese al hijo de Desirandelle, al que el  
baba de enviar cuatro  
pasos atrás, sin cau

-Además, un mono no hubiera caído.

CLOVIS DARDENTOR

-Es verdad, y pido a los cuadrumanos que me perdonen la comparación.

Importaba, si se quería llegar a El-Gor antes de la  
rante las últimas horas  
de la tarde.

que provocó numerosas sacudidas, pues el camino,  
dejaba algo que desear para una caravana de turistas.  
Sin embargo, no obstante las sacudidas de los c -  
rros y los falsos pasos de las bestias, no se oyó queja

Las señoras principalmente tenían prisa de llegar  
seguridad. La idea de caminar por el bosque des  
pués de la puesta del sol no les agradaba. Haber en  
contrado grupos de antílopes o gacelas o de monos,  
era encantador; pero de vez en cuando oíanse a lo  
medio de las tinieblas...

-Señoras- dijo Clovis Dardentor con la intención  
motivo. Si somos sorprendidos por la obscuridad  
en pleno bosque, les organizaré a ustedes un ca -  
pamento al abrigo de los carruajes y se dormirá a la

luz de la luna. ¡Seguro estoy que no tendría usted

-Con usted, no, señor Dardentor...

-¿Ven ustedes esto? ¡Con el señor Dar  
no! ¡Eh, señoras! Esta joven tiene confianza en mí...  
y hace bien.

s-  
dió la señora de Desi  
randelle-, preferimos no vernos en el caso de hacer

Y la madre de Agatocles pronunció en tono seco estas palabras, que merecieron la aprobación de su

-No teman ustedes, señoras- dijo Marcel Lornans.- En caso de necesidad, el señor Dardentor podría contar con todos nosotros y sacrificaríamos

-¡De gran cosa serviría si nosotros perdiéramos  
e-

-¡Muy lógico, mi viejo amigo!- exclamó. Clovis.  
gino qué peligro...

-El peligro de ser atacados por una banda de  
ndió la se

afirmó el agente.

-¿Qué sabe usted?- respondió la dama, que no

salen de noche...

-¡Tampoco, hay nada que temer!- exclamó Dardentor-. Se guardaría el campamento y con hogueras mantenidas hasta el alba. Se le daría a Agatocles la carabina de Castibelza, y se le colocaría...

respondió agriamente la señora de Desirandelle.

-¡Sea! Pero Marcel y Juan harían buenos centinelas.

Gor- concluyó la señora de Elissane.

-Entonces, ¡adelante caballos, mulos, y camellos!

-Que abran el compás...

-Nunca puede este hombre concluir de buena hora.

hubiera dado a su amo.

En fin, la caravana marchó a tan buen paso, que  
tuvo en la orilla

opuesta del bosque Ourgla. Cinco o seis kilómetros estaría antes de la noche.

En este sitio presentóse un paso de río menos  
ores.

mino. El  
Sar, tributario del Oued-Slissen, había tenido una  
valla establec  
iba.

entre Saida y Daya apenas mojaban las patas de las bestias, es decir, que estaban casi secos.

de agua, lo que no era para preocupar al guía, que conocía el paso.

la arena permitía a los carros pasar. Como el agua no pasaría del cubo de las ruedas, las cajas quedarían intactas y los viajeros tenían la seguridad transportados sin deterioro a la ribera derecha, distante unos cien metros.

Derivas y Clovis Dardentor. Desde lo alto de su gigantesca montura el último dominaba la superficie

del río, semejante a un monstruo acuático de la época antediluviana.

A ambos lados del carro que conducía a las señoras cabalgaban Marcel Lornans a la derecha, y  
quierda.

Seguían los demás carros que los turistas a-  
carro, cerraban la caravana.

madre, expresamente formulada, Agatocles había  
tenido que abandonar su mulo y tomar asiento en el  
señora de Desirandelle no quería que su  
hijo se viera expuesto al disgusto de un baño forz-  
do en el Sar, en el caso que el desobediente animal  
jinete seguramente hubiera sido víctima.

ción de  
Moktani.

l-  
n-

cuando estuvieron en la mitad del río. Los cabal-  
los levantaban las piernas, pero ni Darden  
guía, en lo alto de sus camellos, se veían obligados a  
adoptar tal precau

cuando se oyó un grito.

Le dio Luisa al ver desaparecer a Juan Taconnat,  
e-

manteniéndose más alto. Al grito de Luisa detúvose

Juan Taconnat, buen nadador, no hubiera corrido peligro alguno de haber soltado los estribos; pero, sorprendido por la caída, no tuvo tiempo de hacerlo y cayó sobre el ijar de su caballo, que se

Marcel Lornans llevó vivamente su cabalgadura  
e-

-¡Juan!- gritó- ¡Juan!

Y aunque no supiese nadar, iba a intentar i-

que otro le había precedido. Este otro era Clovis

Desde el lomo de su dromedario se había desembarazado de su zerbani, que le envolvía, y acababa de arrojar al Sar, nadando hacia el sitio en

a-  
gañaba respecto  
al poder de sus fuerzas? ¿No habría dos víctimas en

Al cabo de algunos instantes, Dardentor reapar -  
ció arrastrando a Juan Tacon  
al que había conseguido desenredar de los estribos.

del agua, mientras con su mano libre le llevaba hacia  
el vado.

la opuesta ori

Los excursionistas se apearon de los carruajes y  
ven, que no tardó en  
recobrar el conoci u-  
alado hasta los huesos.

a-

diestra a su salvador, en vez de darle las gracias, di  
jo:

-¡No tengo suerte!

su ami

Después, tras un grupo de árboles, a algunos p -  
sos de la ribera, Clovis y Juan, a los que Patricio ll -



vó alguna ropa sacada de sus maletas, se mudaban de pies a ca

Después de una breve parada la caravana continuó su camino, y a las ocho y media de la noche

## XIV

### CON EL CUIDADO QUE LA ENCANTADORA CIUDAD MERECE.

mil seiscientos habitantes, entre los que apenas se cuentan algunas doce en medio de un país de gran belleza, clima excelente y sano, y campo de incomparable fertilidad hasta que fue la Tafraona de los indígenas! Y, sin embargo, Juan Ta un sollo de un mondadientes», como hubiera podido decir Clovis Dardentor, a riesgo de herir la delicadeza de su fiel criado.

e-  
o-

sible hacerle salir de su cuarto. El mismo Marcel se  
cisión de abandonarle a sí mismo. No  
quería ver ni recibir a nadie. Sentíase in x-  
u-

dado intenciones de estrangularle.

dentor y  
Marcel, sin hablar de otros tu a-

Las señoras, no recobradas aún de su emoción y  
de sus fatigas, habían tomado la resolución de co -  
sagrar aquel día al descanso, resolución muy l -  
mentada por Marcel Lornans, pues no vio a Luisa

Por lo demás, Sebdou no ofrece grandes curios -  
dades, bastando una hora para recorrer el pueblo.

contingente habitual de hornos de cal, de tejares y  
molinos que funcionan en casi todas las ciudades de  
a-

algunos años un punto avanzado de la colonia fran  
cesa. Pero como aquel día era jueves, había gran  
tró vivo interés  
imiento comercial.

La caravana partió al día siguiente, 19 de Mayo,  
ó-

Oued-Merdja, un afluente de Tafna, internóse por una ancha explotación de alfa, atravesando arroyos

bosques hizo alto para almorzar en un parador público situado a mil quinientos metros de altura, y continuando por el pueblo de Termi y las Montañas

Tras de jornada tan ruda, una buena fonda recibió a todos, que debían permanecer en ella treinta y seis horas.

aparte, respondiendo apenas a las demostraciones casi paternales del señor Darde tor.

A su descorazonamiento mezclábase cierta dosis

Aquella mañana, después de haberse mostrado en furrñado desde la víspera, saltó de su lecho y despertó a Marcel, apostrofán

-Y bien... ¿qué dices?

Nada podía decir el otro, pues dormía aun.

cruzábase de brazos, lanzaba recriminaciones...

¡No!... ¡No podía tomar las cosas alegremente, como había prometido! Estaba decidido a tomarlas por el lado trágico...

r-

-Lo que te digo, Juan, es que tengas calma. Cuando se declara la desgracia de un modo tan categórico, lo mejor es someterse...

-¡O abdicar!...- respondió Juan-. Conozco esa divisa..., y no es la mía... ¡Es demasiado fuerte! ¡Cuando pienso que de las tres circunstancias que el

llamas! ¡Y que ese incalificable Dardentor, que hubiera podido ser envuelto por las llamas del tren o

yo hubiéramos salvado, ha representado el papel de salvador!... ¡El incendio te ha escogido a ti... y el

-¿Quieres mi opinión, Juan?

-Venga, Marcel.

-¡Ah! ¿Lo encuentras chistoso?

-¡Sí, y creo que si el tercer incidente se produjera,

l-

Juan Taconnat dio una patada en el suelo, derribó las sillas, golpeó sobre los cristales de las ventanas a riesgo de romperlos, y..., lo que parecía muy singular, ¡el furor era realmente serio en un fanta-

-Vamos, Juan- añadió Marcel.- Debías renunciar  
yo por mi cuenta he renunciado...

-¡Nunca!

mortal de  
Perrichon te ha salvado, y te va a adorar como a mí

-No tengo necesidad de su adoración, Marcel, sino de su adopción, y que Mahoma me estrangule si

-¿Y cuál será ese medio, puesto que la suerte se te presenta si pre contraria?

-Le prepararé alguna trampa. Le arro  
primer torrente que nos encontremos. Prenderé, si

una banda de beduinos o de touaregs, que nos ataquen en el camino. En fin, le te deré algún lazo...

-Sucederá...

-Que caerás tú en ellos y de ellos te sacará Dardentor, el protegido de las buenas hadas, el favorito de la Providencia, el prototipo del hombre de suerte, al que todo le ha salido bien en la vida, y para el que la diosa Fortuna mueve siempre su rueda en buen sentido.

-Yo sabré en la primera ocasión hacer que la manivela se tuerza.

-Además, Juan, ya estamos en Tlemcen.

-¿Y bien?...

-Y bien; dentro de tres o cuatro días estaremos en Orán, y lo más prudente será arrojar al olvido todas las ilusiones del porvenir, o ir a firmar nuestro alistamiento.

Al pronunciar estas palabras, la voz de Marcel estaba visiblemente alterada.

-Vaya, mi pobre amigo- respondió Juan.- ¡Yo creía que la señorita Luisa, Elissane!...

-¡Sí, Juan, sí! Pero ¿por qué soñar, si el sueño no se ha de convertir jamás en realidad? Por lo menos guardaré de esta joven un imperecedero recuerdo.

-¿Estás, pues, resignado?

-Lo estoy.

-¡Casi tanto como yo lo estoy a no ser el hijo adoptivo de Dardentor!- exclamó Juan.- Y si he de decirte lo que pienso, antójaseme que tú tienes más probabilidades de obtener tus deseos.

-¡Estás loco!

-No; pues, después de todo, la desgracia no se ha encarnizado contra ti como conmigo, y creo más fácil que la señorita Elissane se convierta en la señora de Lornans, que Juan Taconnat llegue a ser Juan Dardentor, aunque no se trate más que de un sencillo cambio de nombre.

Mientras los dos jóvenes se entregaban a esta conversación, que se prolongó hasta la hora del almuerzo, Clovis Dardentor, ayudado por Patricio, se ocupaba de su tocado. La visita a Tlemcen y sus alrededores no debía empezar hasta la tarde.

-Y bien, Patricio- preguntó el amo al criado-, ¿qué piensas de esos dos jóvenes?

-¿Los señores Taconnat y Marcel?

-Sí.

-Pues pienso que el uno hubiera perecido en las llamas y en el agua el otro, si el señor no hubiera expuesto su vida para arrancarles de una terrible muerte.



-¡Gran lástima hubiera sido, pues los dos jóvenes son dignos de una larga y feliz existencia! Con su amabilidad, su buen humor, su inteligencia y su gracia, harán camino en el mundo. ¿No es verdad, Patricio?

-Pienso exactamente lo mismo que el señor. Pero ¿me permitirá el señor una observación inspirada por mis reflexiones personales?

-Te lo permito si no se te va el santo al cielo y te extiendes mucho.

-Es que... Tal vez el señor comprenderá la justicia de mi observación.

-Pues, anda, sin preámbulos, y no des vueltas durante una hora alrededor del puchero.

-¡El puchero! ¡El puchero!- dijo Patricio...

-¿Te soltarás la rienda?

-¿Consentirá el señor en formular su juicio sobre el hijo del señor y la señora Desirandelle?

-¿Agatocles?... Es un bravo mozo... Un poco... y un mucho..., ..... así..., vamos.

Una de esas naturalezas que no se despiertan hasta después del matrimonio... Tal vez está en bruto... Dame el peine de los bigotes.

- Aquí está, señor.

-¡Pero de la madera de los que se hacen los mejores maridos! Se le ha elegido un partido, excelente, y estoy seguro que ese matrimonio tiene la dicha asegurada. Pero no le veo la punta a tu observación.

-Ya saldrá naturalmente cuando el señor tenga a bien responderme a la segunda pregunta que su condescendencia me autorizará a dirigirle.

-Dirige lo que quieras.

-¿Qué piensa el señor de la señorita Elissane?

-¡Oh! ¡Encantadora!... ¡Deliciosa, buena, espiritual, inteligente, a la vez jovial y serial!... Las palabras me faltan... lo mismo que el cepillo del pelo. ¿Dónde está el cepillo?

-Aquí, señor.

-Si yo me casara, querría tener algo semejante...

-¿Un cepillo?

-¡No!, tonto... Una mujer como Luisa. Te lo repito. Agatocles puede vanagloriarse de haber tenido la suerte de sacar un famoso número.

-¿De modo que el señor cree poder afirmar que ese matrimonio es cosa hecha?

-Como si el alcalde les hubiera unido el uno al otro. Además, no hemos venido a Orán a otra cosa. Sin duda yo esperaba que los dos futuros hubieran intimado más durante el viaje. Pero la cosa se arre-

glará, Patricio. Acuérdate de lo que te digo. ¡Antes de tres semanas bailaremos en la boda... y yo haré un caballero solo con gran meneo de caderas!

La frase, tan impropia de una ceremonia nupcial, hizo mal efecto a Patricio.

-Vamos- añadió Dardentor.- Aún no sé nada de tu observación, inspirada por tus reflexiones personales...

-Personales... y me asombra que esta observación haya podido escapar a la perspicacia, del señor.

-Pero desembucha... ¿Cuál es tu observación?

-Tan justa es, que el señor mismo la hará... después de una tercera pregunta.

-¿Una tercera?

-Si el señor no quiere...

-Al grano, animal... ¡Cualquiera diría que pretendes ponerme rabioso!

-El señor sabe bien que soy incapaz de ninguna tentativa de ese género contra su persona.

-¿Quieres echar fuera o no la tercera pregunta?

-¿No ha notado el señor la conducta del señor Lornans desde la partida de Orán?

-¿De mi querido Marcel? Efectivamente; me ha parecido demostrar gran gratitud por el insignificante servicio que he tenido la dicha de prestarle, lo

mismo que a su primo... aunque éste no lo ha demostrado tanto.

-Se trata del señor Lornans, y no del señor Tacconat- respondió Patricio-. ¿No ha notado el señor que parece que la señorita Elissane le agrada mucho, y que se ocupa de ella más de lo conveniente, tratándose de una joven casi en vísperas de casarse, y que el señor y la señora de Desirandelle están algo disgustados por esto, y no sin motivo?

-¿Tú has visto eso, Patricio?

-Si al señor no le disgusta...

-Sí. Esa buena señora de Desirandelle me ha hablado algo de ello. ¡Bah! Pura imaginación.

-Me atrevo a afirmar al señor que no ha sido la señora de Desirandelle la única persona que lo ha notado.

-¡Ni unos ni otros sabéis lo que decís!- exclamó Clovis Dardentor- Además, ¿en qué terminaría todo, dado caso que fuera cierto? No... He prometido concertar el matrimonio de Agatocles y Luisa... y se hará.

-Aunque para mí sea un disgusto no estar de acuerdo con el señor, debo persistir en mi idea.

-Persiste lo que quieras...

-¡Hay gentes que están ciegas!- dijo secamente Patricio.

-¡Pero si eso no tiene sentido común! ¡Marcel... un mozo al que he arrancado de las llamas turbulentas, solicitar a Luisa! Es como si pretendieras que ese glotón de Oriental pensara en pedir su mano.

-No he hablado del señor Oriental, que nada tiene que ver en este asunto particular del señor Lornans.

-¿Dónde está mi tubo?

-¿El tubo del señor?

- Sí..., mi sombrero.

-Aquí está el sombrero del señor, y no su...- respondió Patricio indignado.

-Y oye, Patricio. No sabes lo que dices, no entiendes jota, ¡te metes el dedo en la pupila hasta el codo!...

Y tomando su sombrero, dejó a Patricio, que se sacara como pudiera el dedo que a tal profundidad se había metido.

No obstante, tal vez nuestro héroe se sentía fatigado. ¡Aquel imbécil de Agatocles, que no hacía progreso alguno! Los Desirandelle, que se disponían a dirigirle reproches con él, haciéndole responsable de las ideas de Marcel Lornans, admitiendo que és-

tas fueran las que indicaban ciertos detalles que le vinieron a la memoria... En fin, se prometió observarlo todo.

Aquella mañana, durante el almuerzo, Clovis Dardentor no notó nada sospechoso. Descuidando un poco a Marcel, dirigió todas sus frases a Juan Taconnat, su último salvado, que respondía indolentemente.

Luisa mostróse con él muy afectuosa, y tal vez Clovis sospechó al fin que era demasiado encantadora para aquel imbécil, al que se quería hacer su marido..., y que parecían armonizarse como el azúcar y la sal...

-¿Señor Dardentor?- dijo la señora Desirandelle a los postres.

-Querida amiga...

-¿No hay camino de hierro entre Tlemcen y Sidi-bel-Abbes?

-Sí, pero está en construcción.

-¡Es una lástima!

-¿Por qué?

-Porque mi marido y yo hubiéramos preferido tomarle para regresar a Orán.

-¿Cómo- exclamó Clovis- hasta Sidi-bel-Abbes el camino es magnífico. No hay que temer ni fatiga ni peligro... para nadie...

Y sonrió a Marcel, que no advirtió su sonrisa, y a Juan Taconnat, que apretó los dientes como si sintiera deseos de morder.

-Sí- añadió el señor Desirandelle-, estamos muy fatigados del viaje, y es de lamentar que no se le pueda abreviar. La señora de Elissane y Luisa, lo mismo que nosotros, hubieran...

Antes que la frase estuviera terminada, Marcel Lornans había mirado a la joven, que le miró a él también. Dardentor tuvo que decirse: ¡Calla!... y recordando la frase del poeta: Dios ha dado a la mujer la boca para hablar y los ojos para responder , se preguntó qué respuesta habían dado los ojos de Luisa.

-¡Mil diablos!- murmuró.

-En fin, ¿qué quieren ustedes, amigos míos?- añadió.- El camino de hierro no funciona aun, y, no hay medio de dividir la caravana.

-¿No podríamos partir hoy mismo?- respondió el señor Desirandelle.

-¡Hoy!- exclamó Dardentor.- ¿ Marcharnos antes de haber visitado esta magnífica Tlemcen, sus alma-

cenes, su ciudadela, sus sinagogas, sus mezquitas, sus paseos, sus alrededores, todas las maravillas que nuestro guía me ha indicado? ¡Apenas si bastarán dos días!

-Estas señoras están muy fatigadas para emprender esa excursión, Dardentor- respondió fríamente el señor Desirandelle-, y yo las haré compañía.... Un paseo por la ciudad será lo más que haremos. Libres quedan ustedes y esos señores... a los que ha salvado del turbión de las aguas y de las llamas, de visitar a conciencia esa magnífica Tlemcen. Pero sea lo que sea, está decidido que mañana a primera hora partiremos.

Esto era formal, y Clovis Dardentor, algo fastidiado de la burla del señor Desirandelle, viendo que los rostros de Marcel y Luisa se obscurecían, y comprendiendo además que no había para qué insistir, abandonó a aquellas señoras, después de haber lanzado una última mirada a la entristecida joven.

-¿Viene usted, Marcel? ¿Viene usted, Juan?- preguntó.

-Le seguimos a usted- respondió el primero.

-¡Acabará por tutearnos!- murmuró el otro, no sin desdén.



En las condiciones en que se encontraban, no les quedaba más partido que seguir a Dardentor. En cuanto al hijo de los Desirandelle, había salido, y durante todo el día pudo vérselo en compañía del señor Oriental, frecuentando las tiendas de comestibles y las confiterías.

No había duda que el Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar había reconocido en el joven disposiciones naturales para el empleo de su boca.

Dado el estado moral de los dos parisienses, no podían interesarse gran cosa en aquella curiosa Tlemcen, la Bab-el-Gharb de los árabes, situada en medio del Isser, en el semicírculo del Tafna.

Y, no obstante, es tan linda que se la conoce con el nombre de la «Granada africana». La antigua Pomaria de los romanos, reemplazada por el Tagrartn al Oeste, se ha convertido en la moderna Tlemcen. Con su Joanne en la mano, el señor Dardentor tuvo buen cuidado de repetir que ya era floreciente en el siglo XV; industrial, comercial, artística, científica, bajo la influencia de las razas berberiscas; que contaba entonces veinticinco mil familias; que era actualmente la quinta ciudad de Argelia con su población de veinticinco mil habitantes, de los que tres

mil son franceses y tres mil judíos; que después de haber sido tomada por los turcos en 1553, por los franceses en 1836, y cedida después a Abel-el-Kader, fue definitivamente tomada en 1842; que constituía una capital estratégica de gran importancia en la frontera marroquí... Pero, a pesar de todos los esfuerzos de Dardentor, apenas si fue escuchado, y no obtuvo más que vagas respuestas.

Preguntábase el digno hombre si no hubiera sido mejor dejar a aquellos dos desesperados en su rincón... Pero les quería mucho y procuraba no demostrar mal humor, aunque más de una vez sintió deseos de preguntar a Marcel, poniéndole entre la espada y la pared:

-¿Es eso verdad? ¿Es serio?... Ábrame usted el corazón, y que yo lea dentro de él.

No lo hizo... ¿Para qué? Era un joven sin fortuna, que jamás sería aceptado por la práctica o interesada señora Elissane. Y además..., él..., el amigo de los Desirandelle...

Resultó de esto que Dardentor no sacó lo que esperaba de la ciudad, situada en una posición verdaderamente admirable, sobre una terraza a ochocientos metros de altura, en los flancos a pico del monte Termi, que sobresale de los macizos del Na-

dar, desde donde la vista se extiende sobre las planicies del Isser y del Tafna, zona de verdura de doce kilómetros, verdadera selva de árboles seculares, y gran número de frutales y plantaciones de olivo por millares.

Inútil es decir que todas las ruedas de la Administración francesa funcionan en Tlemcen con regularidad de máquina. En lo que se refiere a establecimientos industriales, Dardentor pudo escoger entre los molinos de harina, fábricas de aceite y de telas. El mismo hizo la adquisición de un delicioso par de babuchas en una tienda de la plaza Cavaignac.

-Me parecen un poco pequeñas para usted- observó burlescamente Juan Taconnat.

-¡Diablo!

-Y un poco caras...

-¡Hay dinero!

-¿A quién las destina usted?,- preguntó Marcel Lornans.

-A una gentil persona- respondió Dardentor guiñando un ojo.

He ahí lo que no hubiera podido permitirse Marcel, que, no obstante, hubiera deseado gastar todo el dinero del viaje en un regalo para la joven.

Si en Tlemcen se encuentra todo el comercio del Oeste y de las tribus marroquíes, granos, bestias, pieles, tisús, plumas, la ciudad ofrece igualmente a los aficionados a antigüedades preciosos recuerdos.

Aquí y allá, numerosos restos de la arquitectura árabe; las ruinas de sus tres viejas murallas, reemplazadas por el moderno muro de cuatro kilómetros y nueve puertas; barrios moriscos de abovedadas callejas, restos de las sesenta mezquitas que poseía en otra época. Preciso era que los dos jóvenes tuvieran una mirada para la venerable ciudadela, el Mechouar, antiguo palacio del siglo XII, y también para Kissaria, convertida en cuartel de spahis, donde se reunían los mercaderes genoveses, pisanos y provenzales. Además, ¿qué cosa más digna de contemplarse que las mezquitas, con su profusión de blancos minaretes, sus columnas de mosaico, sus pinturas, la mezquita de Djema-Kebir, la de Abdul-Hassim, cuyas tres bóvedas reposan sobre pilares de onix, y en la que los chicuelos árabes aprenden a leer, a escribir y la aritmética, en el mismo sitio en que murió Boabdil, el último de los reyes moros de Granada?

Los tres personajes atravesaron calles y franquearon plazas de regular dibujo; un barrio híbrido

donde contrastaban las casas indígenas con las europeas, y otros barrios modernos. Por todas partes había fuentes, siendo la de la plaza de San Miguel la más linda de todas. La explanada de Mechouar, sombreada por cuatro hileras de árboles, ofreció, al fin, a los turistas, hasta el momento de regresar a la fonda, una vista incomparable del campo de los contornos.

Respecto a los alrededores de Tlemcen, sus aldeas agrícolas, las koubbas de Sidi-Daoudi y de Sidi-Abd-es-Salam, la resonante cascada de El-Ourit, por la que el Saf Saf se precipita desde una altura de ochenta metros, y otros tantos atractivos, Clovis Dardentor se limitó a admirarles en el texto oficial de su guía.

¡Sí! Precisos serían varios días para estudiar a Tlemcen y sus alrededores. Pero hubiera sido trabajo inútil proponer prolongar la estancia a gentes que no deseaban sino marcharse lo más pronto posible y por el más corto camino. Por mucha autoridad que Dardentor tuviera sobre sus compañeros de viaje, autoridad además disminuida, no se atrevió a hacer la proposición.

-Y bien, mi querido Marcel y mi querido Juan-¿qué piensan ustedes de Tlemcen?

-Una hermosa ciudad- se contentó con responder distraídamente el primero.

-Hermosa... sí... - refunfuñó el segundo.

-Vaya... Bien hice en cogerle a usted, Marcel, por el cuello, y a usted, Juan, por el pantalón. ¡Qué de cosas soberbias no hubieran visto si no!

-Usted ha arriesgado su vida, señor Dardentor- dijo Marcel Lornans-, y crea usted que nuestra gratitud...

-¡Ah, señor Dardentor!- preguntó Juan Taconnat: - ¿es que tiene usted por costumbre salvar a los...

-¿Eh? Más de una vez me ha sucedido, y podría colgarme sobre el pecho una buena colección de medallas. Esto ha hecho que, a pesar de mi deseo de ser padre adoptante..., jamás he podido adoptar a nadie.

-Usted mismo es el que está en condiciones para ser adoptado- dijo Juan Taconnat.

-Como usted lo dice, niño- respondió Clovis.- Pero vamos andando.

Regresaron a la fonda. La comida fue triste. Los comensales tenían el aspecto de personas que han cerrado sus equipajes, y a los que el tren espera. A

los postres Clovis se decidió a ofrecer las babuchas a Luisa.

-En recuerdo de Tlemcen, querida señorita- dijo.

La señora de Elissane agradeció con una sonrisa el regalo que a su hija hacía Clovis, mientras la señora de Desirandelle se mordía los labios y su esposo se encogía de hombros.

Respecto a Luisa, su rostro se serenó, un rayo de alegría brilló en sus ojos, y dijo:

-Gracias, señor Dardentor. ¿Me permite usted que le dé un abrazo?

-¡Diablo! No las he comprado más que para eso. ¡Un abrazo por cada babucha!

Y la joven abrazó muy gustosa a Clovis Dardentor.

XV

**EN EL QUE AL FIN SE CUMPLE UNA DE  
LAS TRES CONDICIONES IMPUESTAS  
POR EL ARTICULO 345 DEL CÓDIGO  
CIVIL.**

Realmente, tal vez era tiempo de terminar el viaje tan convenientemente organizado por la Compañía de ferrocarriles de Argel. Si los comienzos fueron buenos, amenazaba concluir mal, sobre todo por lo que se refiere al grupo Desirandelle.

Al abandonar a Tlemcen, la caravana estaba reducida a la mitad. Varios turistas habían deseado prolongar algunos días la escala en una ciudad digna de retenerlos. El agente Derivas quedó con ellos, y el señor Dardentor y los suyos, conducidos por el



guía Moktani, tomaron la dirección hacia Sidi- bel-Abbes al amanecer del 21 de Mayo.

Conviene mencionar la presencia del señor Oriental, que sin duda tenía prisa por regresar a Orán. No dejaría de causar asombro al señor Dardentor y a los demás que la intención del sabio fuera redactar una relación científica, pues solamente se había servido de su antejo para observar posiciones, y los demás instrumentos habían quedado en el fondo de su maleta.

La caravana no se componía, pues, más que de dos carros con bancos. El primero conducía a las señoras y al señor Desirandelle. En el segundo iban el señor Oriental, Agatocles, cansado de la poca comodidad del mulo, dos indígenas en calidad de criados, los equipajes y las provisiones de reserva. No se trataba más que de un almuerzo entre Tlemcen y la aldea Lamoricière, donde se haría alto durante la noche, y al siguiente día, de un almuerzo entre Lamoricière y Sidi- bel- Abbes, donde el guía contaba llegar hacia las ocho de la noche. Aquí se acabaría el viaje en caravana, y el camino de hierro conduciría a Orán a los excursionistas.

Advertiremos que el señor Dardentor y Moktani no se habían separado de sus camellos, excelentes

bestias de las que no había por qué quejarse, ni los dos parisienses de sus caballos.

Un camino nacional atraviesa la parte comprendida entre Tlemcen y Sidi- bel- Abbas, y se une al de Tlélat, el que pone en comunicación a Orán con Argel. La distancia de Tlemcen a Sidi- bel- Abbas es de noventa y dos kilómetros, que pueden fácilmente recorrerse en dos días.

La caravana, pues, marchaba al través de un país más variado que la región sudoranesa de Saida a Sebdou. Menos bosques, pero más vastas exploraciones agrícolas, terrenos de colonización y la caprichosa red de los afluentes del Chouly y del Isser. Es éste uno de los grandes ríos de la Argelia, la vivificante arteria, cuyo curso de doscientos kilómetros prosigue hasta él, mar, siguiendo un valle donde prosperan los algodoneros merced a la inclinación de los Hauts- Plateaux y del Tell.

¡Pero qué cambio en el ánimo de estos turistas, tan unidos al salir de Orán por el camino de hierro y a la partida de Saida en caravana! El hielo se había formado. Los Desirandelle y la señora Elissane hablaban aparte en su carro, y Luisa oía cosas que la disgustaban. Marcel Lornans y Juan Taconnat, abandonándose a sus tristes pensamientos, camina-

ban tras Clovis Dardentor, respondiéndole apenas cuando se detenía para esperarles.

¡Infortunado Dardentor!... ¡Ahora parece recriminarle todo el mundo! Los Desirandelle, porque no suplicaba a Luisa que agradase a Agatocles; la señora de Elissane, porque no decidía a su hija a aquel matrimonio, desde antiguo concertado; Marcel Lornans, porque hubiera debido intervenir en favor del que había salvado; Juan Taconnat, porque lo había salvado, en vez de haberle dado a él ocasión para que lo salvase... En fin, sólo le quedaba el fiel Patricio, que parecía decirle:

-Sí... ¡Mire usted lo que son las cosas! ¡Su criado no se engañaba!

Pero no formulaba, este pensamiento, temeroso de obtener una contestación *dardentoriana* que le hubiese herido en lo más hondo de su ser.

Y bien... ¡Clovis Dardentor acabaría por enviarlos a todos al demonio!

-¡Veamos, Clovis- se decía.- ¿Es que debes algo a esta gente? ¿Es que es culpa tuya que las cosas no vayan a gusto de todos? ¿Tienes tú la culpa de que Agatocles no sea más que un canario, aunque sus padres le miren como un fénix, y que Luisa haya acabado por estimar a este pájaro en su justo valor,

pues al cabo es preciso rendirse a la evidencia? Comienzo a sospechar que Marcel quiero a la joven; pero... ¡voto a las dos gibas de mi camello, yo no puedo gritarles a ambos: venid, hijos míos, que yo os bendigo! ¡Y por si algo faltaba, ahí está ese alegre Juan, que ha dejado todo su buen humor en las aguas del Sar!... ¡Se diría que me recrimina por haberle sacado de allí! ¡Palabra de honor que todos ellos son a gimotear!... Pues bien...

Patricio acababa de apearse del carro con la intención de hablar a su amo, y le dijo:

-Temo que llueva, señor, y tal vez convendría...

-Más vale un mal tiempo que un «nada».

-¿Qué nada?- respondió Patricio preocupado por aquellas palabras.- Si el señor...

-¡Quita de ahí!...

Patricio volvió al carro más velozmente que había bajado.

Durante la mañana, entre una cálida lluvia que vertían las tormentosas nubes, se anduvo la docena de kilómetros que separa a Tlemcen de Ain-Fezza. Cuando cesó la lluvia se almorzó junto a una garganta llena de árboles, refrescada por las numerosas cascadas próximas, almuerzo sin intimidad, durante el que reinó visible disgusto. Se hubiera dicho que

eran todos comensales a la mesa de una fonda, que no se habían visto antes de sentarse ante su plato, y que no habían de volverse a ver después de la comida.

Bajo las fulgurantes miradas de los Desirandelle, Marcel Lornans procuraba no mirar a Luisa. En cuanto a Juan Taconnat, como no podía contar para la realización de sus planes con los accidentes del camino- carretera con sus piedras miliarias, su grava amontonada en los lados y sus canteros trabajando-, maldecía de la administración que había civilizado aquel país.

Dardentor, no obstante, intentó reanudar los lazos rotos, y lanzó algunos fuegos de artificio con la palabra, pero no resultaron.

-¡Decididamente me embrutecen!- murmuró.

A las once volvieron a ponerse en camino; franquearon por un puente el Chouly, rápido afluente del Isser, rodearon un bosquecillo con piedras, las ruinas de Hadjar-Roum, y sin incidente alguno, a las seis de la tarde llegaron al anexo de Lamoricière.

Después de una estancia tan breve en Tlemcen no había que hablar de detenerse mucho tiempo en este Ouled-Mimoun de doscientos habitantes, que lleva el nombre del ilustre general. Es notable, sobre

todo por su fresco y fértil valle, pero no se encuentra comodidad de ningún género en la única posada de este sitio. Sirviéronse huevos pasados por agua... ¡Por fortuna, el agente Derivas no estaba allí, lo que evitó justas reclamaciones! En desquite, los turistas fueron obsequiados con una serenata indígena. Tal vez con gusto hubieran renunciado al concierto; pero las instancias del señor Dardentor, cuyo mal humor hubiera sido imprudente sobrexcitar, les hizo resignarse.

La serenata se efectuó en el salón de la posada, y valía la pena ser oída. Era una *nouba*, reducida a tres instrumentos árabes: el *tebeul*, gran tambor que hacen resonar en su doble cara con dos palillos de madera; la *rbeita*, flauta, en parte de metal y el *nouara*, compuesto de dos medias calabazas, con una piel seca extendida. Aunque la *nouba* va acompañada generalmente de danzas graciosas, aquella noche no figuraron en el programa.

Al terminar la fiesta, Dardentor exclamó con voz agria:

-¡Encantado! ¡Estoy encantado!

Y como nadie se atreviera a emitir opinión contraria, hizo que Moktani cumplimentase a los músicos indígenas, gratificándolos convenientemente.

¿Había quedado nuestro héroe tan satisfecho como aseguraba?

Esta era la cuestión. En todo caso hubo uno de los oyentes cuya satisfacción se puede afirmar que fue completa. ¡Sí!

Durante el concierto, uno de los dos primos- se adivina quién- pudo colocarse junto a la señorita Elissane. ¿Y quién sabe si no la dirigió entonces esas palabras que salen del corazón, y si hallaron eco en el de la joven?

Al siguiente día, muy de mañana, partida de los turistas, impacientes por llegar al término del viaje. Desde Lamoricière hasta Ain-Tellout, se siguió en una extensión de diez kilómetros el trazado del camino de hierro en proyecto. En este punto el camino le abandona y sube directamente hacia el NE., donde corta, a algunos kilómetros de Sidi-bel-Abbes, el camino de hierro en construcción, que desciende al Sud-Oranais.

Necesario fue, primeramente, atravesar extensas explotaciones de alfa y vastos campos de cultivo que se desarrollaban hasta el horizonte. Gran número de pozos se encontraban a lo largo del camino, bien que las primeras aguas del Mouzen y Zelienna fuesen ya abundantes. Los carros y caballos iban tan de

prisa como era posible, a fin de terminar aquella jornada de cuarenta y cinco kilómetros en un solo día. No era cosa de detenerse en alegres conversaciones; aquellos sitios no ofrecen nada curioso, ni aun las ruinas romanas o berberiscas.

La temperatura era alta. Felizmente las nubes moderaban los ardores del sol, que de otro modo hubieran sido intolerables en aquella región sin árboles. Por todas partes campos y planicies sin sombra. Este camino siguióse hasta que la caravana se detuvo para almorzar. Fue esto a las once. Avanzando algunos kilómetros hacia la derecha, la orilla del bosque de los Ouled-Mimoun les hubiera ofrecido un sitio más a propósito. Pero no convenía dar este rodeo. Las provisiones fueron sacadas de las cestas. Los turistas se sentaron al borde del camino, formando diversos grupos. Uno le formaron los Desirandelle y los Elissane; otro Juan y Marcel; éste, no acercándose a la joven, mostró una discreción que ella debió de agradecerle. Es probable que desde Lamoricière ambos caminaran más que la caravana, hacia un punto que no era precisamente Sidi-bel-Abbes.

En fin; Dardentor hubiera quedado solo de no aceptar la compañía del señor Oriental. Encontrá-



ronse juntos... Hablaron. ¿De qué? De todo. Del viaje que iba a terminarse, y en realidad sin grandes obstáculos... Ningún retraso, accidentes sin gravedad, desde la partida. Perfecta salud de los turistas..., tal vez algo de cansancio, en las señoras sobre todo. Cinco o seis horas de camino aún hasta Sidi-bel-Abbes, y no quedaría más que encajonarse en un vagón de primera clase e destino a Orán.

-¿Y usted está satisfecho, señor Oriental?- preguntó Clovis.

-Muy satisfecho, señor Dardentor. El viaje estaba admirablemente organizado, y la cuestión de alimentación ha sido resuelta de modo muy aceptable, hasta los pueblos más insignificantes.

-Me parece que para usted esa cuestión es de la mayor importancia.

-Sí, señor... y he conseguido procurarme diversas muestras de productos comestibles cuya existencia ignoraba.

-Pues en lo que a mí se refiere, esas preocupaciones de manducatoria...

-¡Hum!- dijo Patricio.

-Me dejan casi indiferente- continuó Clovis Dardentor.

-En mi opinión, deben, al contrario ocupar el primer puesto en la existencia- dijo el señor Oriental.

-Pues bien, querido amigo, permita usted creer que, si hubiéramos esperado algunos servicios de usted, no hubieran sido servicios culinarios, sino astronómicos.

-¿Astronómicos?- repitió el señor Oriental.

-Sí; por ejemplo: si nuestro guía hubiera extraviado..., si hubiera sido preciso recurrir a observaciones para encontrar el camino..., gracias a usted, que tomando la altura del sol...

-¡Tomar yo la altura del sol!

-Sin duda..., durante el día, o la de las estrellas durante la noche... Usted sabe bien las declinaciones.

-¿Qué declinación? Nominativo, *la rosa*; genitivo, *de la rosa*.

-¡Ah! ¡Encantador!- exclamó el señor Dardentor.

Y lanzó una carcajada que no repercutió en los demás grupos.

-En fin- añadió-, quiero decir que usted, por medio de sus instrumentos..., del sextante, como los marinos..., el sextante que debe usted tener en su maleta.

-¡Yo un sextante en mi maleta!

-Es probable, pues el anteojo es bueno para los paisajes..., pero cuando se trata del paso del sol por el meridiano...

-No le entiendo a usted.

-Pues ¿no es usted Presidente de Sociedad Astronómica de Montelimar?

-¡Gastronómica, caballero! ¡Sociedad gastronómica!- respondió orgullosamente el señor Oriental. Y esta respuesta, que explicaba perfectamente cosas inexplicables hasta entonces, consiguió desarrugar el ceño de Juan Taconnat, cuando el señor Dardentor se la hubo repetido.

-¡Pero ese animal de Patricio, que nos ha dicho a bordo del *Argelés!*!...- exclamó.

-¿Cómo? ¿El señor no es astrónomo?- preguntó el digno criado.

-¡No!, ¡gastrónomo!..., ¿lo oyes?, ¡gastrónomo!

-Habré entendido mal al jefe del comedor- respondió Patricio.- Eso a cualquiera le pasa...

-¡Y yo he creído!...- exclamó Dardentor.- ¡Yo he tomado al señor Oriental por!...Vamos... ¡Esto es para acabar con la paciencia de cualquiera!... Calla. Vete a paseo...

Patricio se alejó muy confundido por aquel desprecio, y más humillado aun por las palabras vulgares que su amo le había dirigido, y que no le volvería a dirigir, pues Patricio abandonaría su servicio y buscaría acomodo en casa de algún miembro de la Academia, en casa de Zola, por ejemplo, si alguna vez...

Juan Taconnat se acercó.

-Perdónele usted, señor Dardentor- dijo.

-Y ¿por qué?

-Porque la cosa no vale la pena. Después de todo, un gastrónomo es un astrónomo adornado con las plumas del g.

Clovis Dardentor, al oír el chiste, lanzó una carcajada tan fuerte, que estuvo a punto de comprometer su digestión.

-¡Ah!..., ¡estos parisienses!- exclamó.- ¡No!, jamás se le hubiera ocurrido tal cosa a uno de Perpignan, y, sin embargo, los de Perpignan no son unos zotes... ¡no!

-Conformes- pensó Taconnat-, pero no se dejan salvar fácilmente.

Carros y caballos se pusieron en camino. A las explotaciones de alfa habían sucedido terrenos de colonización. A las dos se llegó a la aldea de La-

mtar, precisamente en el punto donde hay un sendero que une el camino de gran comunicación de Aintemouchent y el camino nacional de Sidi-bel-Abbes. A las tres se llegó al puerto de Mouzen, al sitio en que confluye el río de este nombre con uno de sus afluentes; a las cuatro a la encrucijada, donde se unen los dos caminos dichos un poco más allá de Sidi-Kraled, a algunos kilómetros de Sidi-Lhasen, después de seguir el curso del Mekerra, nombre que toma el Sig en esta región.

Sidi-Lhasen no es más que un anexo de unos seiscientos habitantes, en su mayor parte alemanes e indígenas, y no había por qué detenerse allí.

De repente, eran las cuatro y media, el guía que marchaba a la cabeza notó que su camello se detenía bruscamente. En vano le excitó con la voz; el animal, en vez de avanzar, retrocedió.

Casi en seguida, los caballos que los dos jóvenes montaban se encabitaron, estremeciéndose de terror pesar de la espuela y la brida retrocedían hacia el carro, cuyo tiro daba iguales muestras de espanto.

-¿Qué hay?- preguntó Clovis Dardentor.

Su camello acababa de reunirse a los otros olfateando alguna lejana emanación.

A la pregunta de Clovis respondieron dos formidables rugidos, sobre cuya naturaleza no había duda posible, y que estallaron en el bosque de Pinos a un centenar de pasos.

-¡Leones!- exclamó el guía.

Se comprenderá el terror que invadió a los viajeros. ¡Fieras en la vecindad, en pleno día, fieras que sin duda se disponían a atacarles!...

La señora de Elissane, la de Desirandelle y Luisa, espantadas, saltaron del carro, cuyas mulas procuraban romper las bridas para huir.

La primera idea, puramente instintiva, que acometió a las señoras, a los Desirandelle, padre e hijo, y al señor Oriental, fue la de desandar el camino y refugiarse en la última aldea, a varios kilómetros de allí.

-¡Quietos todos!- exclamó Clovis Dardentor, con tan imperiosa voz que obtuvo una obediencia pasiva.

Además, la señora Desirandelle acababa de perder el conocimiento.

El guía, los indígenas y el conductor ataron los caballos a fin de que no pudiesen escapar al través del campo.

Marcel Lornans habíase precipitado hacia el segundo carro, y con ayuda de Patricio sacó las armas, carabinas y pistolas, que en seguida fueron cargadas.

El señor Dardentor y Marcel Lornans cogieron las carabinas. Juan Taconnat y Muktani las pistolas. Todos estaban agrupados al pie de un macizo de terebintos, sobre el talud de la derecha del camino.

En aquel campo desierto no había auxilio que esperar.

Los rugidos estallaron de nuevo, y casi al instante, en la orilla del bosque, apareció una pareja de fieras.

Eran un león y una leona de talla colosal, cuya amarillenta piel destacábase vigorosamente sobre el verde sombrío de los pinos de Alepo.

¿Iban aquellos animales a arrojarse sobre la caravana, a la que miraban con resplandecientes ojos, o asustados del número retrocederían al bosque, dejando el paso libre?

Lo primero que hicieron fue dar algunos pasos, sin apresurarse y sin turbar el aire más que con sordos gruñidos.

-¡Que nadie se mueva!- repitió Dardentor- y que se nos deje hacer.

-Marcel Lornans arrojó una mirada a Luisa. La joven, pálido el rostro, las facciones contraídas, pero dueña de sí, procuraba tranquilizar a su madre. Juan Taconnat y su primo se colocaron junto a Clovis Dardentor y Moktani, a unos doce metros del macizo de terebintos.

Un minuto después, y como las fieras se hubieran acercado, sonó un tiro. Clovis había disparado sobre la leona; pero esta vez faltóle su habitual destreza, y la bestia, saltó, lanzando rabiosos rugidos,

-¡Soy un torpe!- exclamó Dardentor después de su golpe infructuoso.

Marcel Lornans no mereció tal reproche, pues el león fue tocado en el hombro; pero su espesa crin amortiguó el balazo, que no le hirió mortalmente, y redoblando su rabia se precipitó sobre el camino, sin que los tres pistoletazos que le disparó Juan le detuvieran,

Todo esto había pasado en algunos segundos, y las dos carabinas no habían podido ser cargadas de nuevo, cuando las fieras cayeron junto al macizo.

Marcel y Juan fueron derribados por la leona, cuyas garras se alzaban sobre ellos, cuando una bala de Moktani hizo volverse repentinamente al animal,



que, tornando a la carga, se lanzó contra los dos jóvenes caídos en tierra.

La carabina de Dardentor sonó una segunda vez. La bala agujereó el pecho de la leona sin atravesarle el corazón, y a no haberse puesto los dos primos fuera de su alcance, no hubieran salido sanos y salvos.

No obstante, aunque herida de gravedad, la leona era aun temible. El león que acababa de reunírsela, se precipitó con ella hacia el grupo, donde el espanto de los caballos y mulas, añadía el desorden al terror.

Moktani, cogido por el león, fue arrastrado diez pasos, todo cubierto de sangre. Juan Taconnat, con la pistola en la mano, y Marcel Lornans, que había cargado su carabina, volvieron hacia el talud. Pero en aquel momento, dos tiros disparados casi a boca de jarro acabaron con la leona, que cayó inanimada después de un último salto.

El león, en el colmo del furor, dio un salto de veinte pies, y fue a caer sobre Clovis Dardentor, el que, no pudiendo servirse de su arma, rodó por tierra a riesgo de que la fiera le aplastara.

Juan corrió hacia él, a tres pasos del león (estad seguros que entonces no pensaba en las condiciones

impuestas por el Código civil para la adopción), y apretó el gatillo de su pistola, cuyo último tiro falló.

En este momento, los caballos y mulos, en el paroxismo del espanto, rompiendo los lazos que les sujetaban, huyeron por el campo. Moktani, en la imposibilidad de servirse de su arma, se había arrastrado hasta el talud, y el señor Desirandelle, el señor Oriental y Agatocles permanecían delante de las señoras.

Clovis Dardentor no había podido levantarse, y la garra del león iba a bajarse sobre su pecho, cuando sonó un tiro.

La enorme fiera, con el cráneo perforado, echó atrás la cabeza y cayó muerta a los pies de Dardentor.

Quien había disparado contra el animal era Luisa Elissane, que arrebató la pistola a Moktani.

¡Salvado, salvado por ella!- exclamó el señor Dardentor.- ¡Y que estos leones no tenían piel de carnero, ni ruedas en las patas!

Y se levantó de un salto que no hubiera desdeñado el rey de los animales tendido en el suelo.

¡De forma que la joven había hecho lo que fue imposible para Juan Taconnat y Marcel Lornans! Verdad que, después de su hazaña, abandonáronla

las fuerzas, y hubiera caído de no estar allí Marcel, que la recibió en sus brazos y la condujo al lado de su madre.

Todo peligro había desaparecido. ¿Qué hubiera podido Dardentor añadir a las primeras palabras que le brotaron del corazón? Ayudado por los indígenas, nuestro héroe se ocupó con Patricio de recoger las mulas y caballos, cosa que se logró al poco tiempo, pues los animales, calmados después de la muerte de las fieras, volvieron por sí mismas al camino.

Moktani, gravemente herido en el costado y en el brazo, fue depositado en uno de los carros, y Patricio tuvo que montar entre las dos gibas del camello de aquel, mostrándose *sportman* no menos distinguido que si hubiera cabalgado sobre un potro de pura sangre.

Cuando Marcel Lornans y Juan Taconnat subieron a caballo, el segundo dijo al primero:

-Y bien: ese terranova nos ha salvado de nuevo... Decididamente, con ese hombre nada se puede hacer.

-¡Nada!- respondió Marcel.

La caravana se puso en marcha. Media hora después llegó a Sidi- Lhassen, y a las siete se apeaba en la mejor fonda de Sidi-bel-Abbes.

Ante todo, avisóse a un médico para que auxiliase a Moktani; el médico manifestó que las heridas del guía no traerían malas consecuencias.

A las ocho comieron juntos; comida silenciosa, durante la cual, como por tácito acuerdo, no se hizo alusión alguna al ataque de las fieras.

Pero a los postres, el señor Dardentor se levantó, y dirigiéndose a Luisa con una seriedad extraña en él, la dijo:

-Señorita... usted me ha salvado.

-¡Oh, señor Dardentor!- respondió la joven ruborizándose.

-¡Sí! ¡Salvado! ¡Salvado en un combate en el que hubiera perecido sin la intervención de usted! Así, con el permiso de su madre, y puesto que usted llena las condiciones establecidas en el art. 345 del Código civil..., mi más vivo deseo sería adoptarla a usted...

-Caballero- respondió la señora de Elissane sorprendida de aquella proposición.

-No admito objeciones, Pues si usted no consiente...

-¿Si no consiento?...

-¡Me casaré con usted, y Luisa será hija mía!

XVI

**EN EL QUE TERMINA ESTA NOVELA  
CON UN DESENLACE A GUSTO DE  
CLOVIS DARDENTOR.**

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, el tren de Sidi- bel- Abbas llevaba la fracción de la caravana que, después de un viaje de catorce días, volvía a su punto de partida.

Comprendía esta fracción al señor Dardentor, a la señora y señorita de Elissane, a los esposos Desirandelle, a su hijo Agatocles, a Juan Taconnat y a Marcel Lornans, sin contar a Patricio, que aspiraba a volver a su vida tranquila y regular en la casa de la plaza de la Loge, de Perpignan.

Quedaban en Sidi- bel- Abbas, por conveniencia o necesidad, el guía Muktani, que iba a ser cuidado

con esmero después de haber sido recompensado largamente por el señor Dardentor, y los indígenas al servicio de la Compañía de ferrocarriles argelinos.

¿Y el señor Oriental? El Presidente de la Sociedad Gastronómica de Montelimar no era hombre que abandonase Sidi- bel- Abbes sin haber estudiado, desde el punto de vista comestible, una ciudad a la que se ha dado el nombre de «Biscuitville»

Es una ciudad importante, de diez y siete mil habitantes: cuatro mil franceses, mil quinientos judíos, y el resto indígenas. La ciudad, que estuvo á punto de ser capital de la provincia de Orán, es el antiguo dominio de los Beni-Amor, que tuvieron que pasar la frontera y refugiarse en Marruecos. Respecto a la ciudad moderna, que data de 1843, es bonita y próspera, con sus fértiles contornos regados por el Mekerra. Está construida sobre un escarpado del Tessala, y se hunde en la verdura a una altura de cuatrocientos setenta y dos metros.

Por muchos que sus atractivos sean, el señor Dardentor fue aquella vez el que mostró más prisa por partir.- ¡No!... ¡Jamás se había mostrado tan deseoso de regresar a Orán!

En efecto. No es de extrañar que la demanda hecha a la señora de Elissane fuera aceptada por ésta

en principio, y sin que la excelente señora se viera en la obligación de casarse con el señor Dardentor. Un padre adoptivo con dos millones de capital, y resuelto a permanecer soltero, no se rehusa en ninguna parte de la tierra La señora de Elissane había manifestado un poco de resistencia, pero por fórmula y discreción únicamente; mas esto no había durado. La joven creyó oportuno decir:

-Reflexione usted, señor Dardentor.

-Todo está reflexionado, hija mía.

-Usted no puede sacrificarse así.

-Puedo y quiero, hijita.

-Usted se arrepentirá.

-¡Nunca!

Y al fin la señora de Elissane, mujer práctica, comprendiendo las ventajas de la combinación, cosa bien fácil, agradeció con toda su alma los proyectos de Dardentor.

Los Desirandelle no cabían en sí de contentos. ¡Qué dote llevaría Luisa a su marido! ¡Qué fortuna más inesperada! ¡Qué heredera! Y todo para Agatocles, pues no dudaban ahora que su amigo, su compatriota Clovis Dardentor, interpondría su paternal influencia en provecho del joven. Este debía de ser

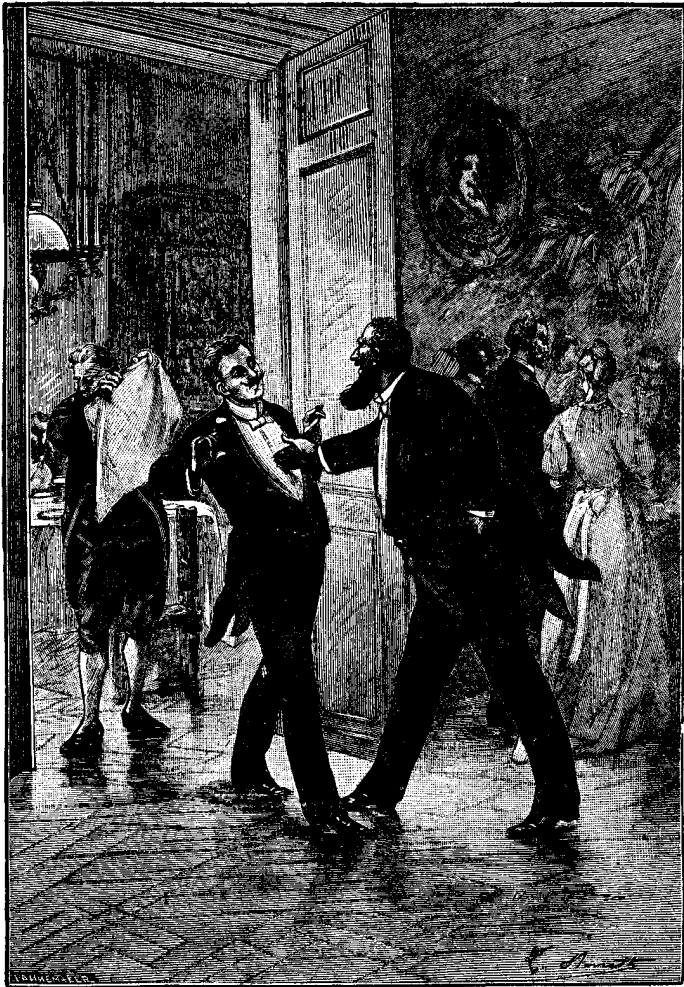


su pensamiento secreto, y su hijo sería el yerno del rico Dardentor.

Así, pues, todos estaban conformes en regresar a Orán lo más pronto posible. He aquí lo que se refiere a Juan Taconnat y Marcel Lornans.

El primero, abandonado definitivamente el país de los sueños, donde su imaginación le había llevado, exclamó aquella mañana:

-¡Que diablo! ¡Viva Dardentor! Y puesto que ninguno de nosotros ha logrado ser hijo adoptivo, me alegro que la encantadora Luisa sea su hija. ¿Y tú, Marcel?



Éste no respondió.

-Pero añadió Juan- ¿esto es válido desde el punto de vista legal?

-¿El qué?

-Un combate contra leones...

-Que sea contra las fieras o contra los hombres, un combate siempre es un combate, y es evidente que Luisa ha salvado al seor Dardentor.

-¡Vaya! Pues mira, Marcel, creo que es una suerte que ni tú ni yo hayamos contribuido a salvar a ese bravo hombre, sino Luisa.

-¿Por qué?

-Porque nos hubiera querido adoptar a los tres, y en tal caso, ella se hubiera convertido en hermana nuestra..., y tú no podrías pensar en...

-Efectivamente; la ley prohíbe el matrimonio entre los... Pero ¡si yo no pienso en tal cosa!

-¡Pobre amigo! ¡Pobre amigo!... ¿La quieres?

Sí, Juan... ¡con toda el alma!

-¡Lástima que no hayas salvado a ese bimillonario! Te hubiera adoptado como hijo..., y entonces...

-¡Sí! ¡Que desgracia!

Y los dos jóvenes sentían gran tristeza en el momento en que el tren, después de rodear por la

parte Norte el importante macizo de Tessala, tomó a todo vapor la dirección de Orán.

Así, pues, el seor Dardentor nada había visto de Sidi- bel- Abbes, ni sus molinos de agua y de viento, ni sus yeserías, ni sus tonelerías, ni sus fábricas de ladrillos. No había explorado ni su barrio civil, ni su barrio militar, ni vagado por sus calles de ángulos rectos, plantadas de soberbios plátanos, ni bebido en sus numerosas y frescas fuentes, ni franqueado las cuatro puertas de su muralla, ni visitado su magnífico vivero de la puerta de Daya.

Después de haber seguido el Sig en una extensión de veinte kilómetros, pasado por la aldea de Trembles y la de San Luciano, tomado en Santa Bárbara de Tlelat la línea de Argel a Orán, el tren, tras un recorrido de sesenta y ocho kilómetros, se detuvo al mediodía en la estación de la capital.

Se había terminado el viaje circular, adicionado con algunos incidentes que la Compañía de los caminos de hierro de Argel no había previsto en su programa, y que los turistas recordarían siempre.

Y mientras el seor Dardentor y los dos parisienes se dirigían al hotel de la Plaza de la República, la seora de Elissane, su hija y los Desirandelle regresa-

ban a la casa de la calle del Castillo Viejo después de catorce días de ausencia.

Con Clovis Dardentor las cosas no iban a ras-tras , si se nos permite emplear una tan vulgar locu-ción, aunque Patricio se escandalice. Llevó a cabo sin dilaciones el negocio de la adopción, cuyas for-malidades no dejan de ser complicadas. Si no tenía cincuenta años, si no había prestado a Luisa servicio alguno durante la menor edad de ésta, era evidente que Luisa Elissane le había salvado la vida en un combate, conforme a lo establecido en el art. 345 del Código civil. Así, pues, las condiciones impues-tas al adoptante y al adoptado estaban cumplidas.

Y como durante este período, Clovis era llamado sin cesar a la calle del Castillo Viejo, encontró muy práctico aceptar el ofrecimiento que de instalarse en su casa le hizo la seora de Elissane.

Púdose observar, no obstante, que durante el pe-ríodo mencionado, Clovis Dardentor, tan comuni-cativo hasta entonces, tornóse reservado, casi taciturno. Inquietáronse los Desirandelle, aunque nada pudiesen sospechar de las buenas intenciones de su amigo. Además, excitado por sus padres, Agatocles mostrábase muy otro que antes con una joven heredera que algún día había de poseer más

centenares de miles de pesetas que años contaba entonces, y no la abandonaba un momento.

De todas estas circunstancias resultó que Juan Taconnat y Marcel Lornans se vieron separados de su antiguo salvador. Desde que éste había abandonado la fonda, sólo por casualidad le veían cuando se encontraban en la calle, siempre atareado y con un lío de papeles bajo el brazo. ¡Sí! Nuestro héroe no parecía recordar que les había salvado a los dos de las olas tumultuosas y de las llamas turbulentas, y otra vez, a los dos juntos, en el combate contra las fieras.

De aquí que una mañana, Juan Taconnat creyó deber expresarse en estos términos:

-Querido Marcel, ¡preciso es decidirse! ¡Puesto que hemos venido aquí para ser soldados, seamos soldados! ¿Cuándo quieres que vayamos al despacho del subintendente, y después al de reclutamiento?

-Mañana- respondió Marcel Lornans.

Y al día siguiente cuando Juan Taconnat renovó su proposición, obtuvo igual respuesta.

Lo que más entristecía a Marcel Lornans era la falta de ocasión para volver a ver a Luisa. La joven no salía. Las reuniones en la casa de la calle del

Castillo Viejo habían cesado. Se anunciaba como próximo el matrimonio de Agatocles Desirandelle con Luisa Elissane. Marcel Lornans se desesperaba.

Una mañana, Clovis Dardentor se presentó en la fonda para visitar a los dos jóvenes.

-Y bien, amigos míos- preguntó sin más preámbulos-, ¿y ese alistamiento?

-Mañana- respondió Marcel Lornans.

-Sí, mañana- añadió Juan Taconnat; mañana sin falta, querido señor Dardentor.

-¿Mañana?- repitió éste- ¡No, qué diablo! Tienen ustedes tiempo... Esperen ustedes... Nada apremia. Quiero que asistan ustedes a una fiesta que daré...

-¿Para celebrar el matrimonio del señor Desirandelle y de la señorita de Elissane?- preguntó Marcel Lornans, cuyo rostro se alteró visiblemente.

-No... - respondió Dardentor-. Se trata de la fiesta de adopción antes del matrimonio... Cuento con ustedes... Buenos días.

Y se alejó sin añadir más: tan atareado estaba.

Efectivamente: nuestro héroe había tenido que domiciliarse en el cantón de Orán, cuyo juez de paz debía levantar el acta de adopción. Ante este juez se habían presentado la señora y señorita de Elissane de una parte, y de la otra Clovis Dardentor, con sus

actas de nacimiento y las piezas relatando el cumplimiento de las condiciones exigidas para el adoptante y para el adoptado.

El juez, después de recibido el consentimiento, había redactado el contrato. Formóse el expediente, uniéronse a él las actas de nacimiento y de consentimiento, y los certificados necesarios, y, finalmente, el legajo llegó a manos del procurador de la República por medio de un abogado.

-¡Qué idas y venidas! ¡Qué botes y rebotos!...repetía Dardentor-. ¡Es para revolver los hígados!

Después, en vista de las piezas, el Tribunal de primera instancia declaró que había lugar a la adopción, fallo que fue transmitido con los autos a la Audiencia de Argel, cuya sentencia fue la misma... ¡Y entretanto pasaban semanas y semanas! ¡Y los dos parisienses pasaban todos los días por las oficinas militares sin entrar en ellas!

-¡Vamos!- se repetía Dardentor-. ¡Lo más breve para tener un hijo es casarse!

En fin, admitida la adopción, la sentencia fue publicada en los sitios designados al efecto, y en el número de ejemplares que la sentencia indicaba por la parte más diligente- Clovis-, que efectuó esta pu-



blicación por medio de copias impresas, con el timbre fiscal.

Después, expedición de la sentencia al oficial del estado civil de la municipalidad de Orán, el cual la inscribe entre las actas de nacimiento de la fecha de la presentación, formalidad que debe ser cumplida en el plazo de tres meses, sin lo que la adopción carecería de validez.

No se esperó tres meses ni tres días.

-¡Ya está!- exclamó Clovis.

El total exigió un desembolso de unas trescientas pesetas, y Dardentor hubiera sacrificado el doble o el triple porque todo fuera más de prisa.

El día de la ceremonia llegó al fin, y la fiesta anunciada celebróse en el salón de la fonda, pues el comedor de la señora de Elissane no hubiera sido suficiente para los invitados. Allí se encontraron Juan Tacconnat, Marcel Lornans, los amigos, los conocidos y hasta el señor Oriental, de regreso a Orán, y al que Clovis había dirigido una invitación, acogida como se merecía.

Pero con extrema sorpresa de unos y extrema satisfacción de otros, los Desirandelle no figuraban en el número de los invitados.

¡No! La víspera, disgustados, furiosos, maldiciendo a Dardentor hasta en las generaciones más lejanas que formaran los descendientes de su hija adoptiva, habían partido a bordo del *Argelés*, donde el capitán Bugarach y el doctor Bruno no habían de arruinarse por alimentarlos, pues hasta Agatocles había perdido el apetito.

No es preciso decir que la comida fue magnífica, y en ella reinaron el entusiasmo y el buen humor; que Marcel Lornans encontró a Luisa en todo el esplendor de su belleza; que Juan Taconnat había compuesto una canción sobre la partida del pequeño Agatocles, pero que se la calló por creerlo conveniente; que el señor Oriental comió de todo, pero con moderación, y bebió de todo, pero con discreción.

Sí... La alocución de Clovis antes de los postres fue notabilísima. ¡Cuán bien hicieron los Desirandelle embarcándose la víspera, y qué cara hubieran puesto en aquel solemne instante!

-Señoras y señores: Mucho les agradezco que se hayan prestado a toma parte en esta ceremonia, que viene a coronar el mayor de mis deseos...

Por este principio, Patricio pudo esperar que el discurso acabara de un modo conveniente.

-Sepan ustedes además que, si la comida les ha agradado, el postre será aun mejor, gracias a la aparición de un plato nuevo que no figura en la lista...

Patricio comenzó a sentir algo de inquietud.

-¡Ah!... ¡Ah... ¡Un plato nuevo!- dijo el señor Oriental con alegría.

-¡No tengo que presentar a ustedes nuestra encantadora Luisa, a quien su excelente madre me ha permitido adoptar y que, permaneciendo, hija suya, ha llegado a serlo mía.

Unánimes aplausos y algunas lágrimas en los ojos femeninos del auditorio.

-Ahora bien: con el consentimiento de su madre es a Luisa a quien ofrezco a los postres, como un manjar de la mesa de los dioses...

Descorazonamiento del señor Oriental que escondió su lengua.

-¿Y a quién, amigos míos? A uno de nuestros comensales Al bravo mozo Marcel Lornans, que por este hecho se convertirá en hijo mío.

-¿Y yo?- no pudo- menos de gritar Juan Taconnat.

-¡Tú serás mi sobrino!... Y ahora, música... ¡Pum, pam, pum!... ¡A toda orquesta!

Patricio se había tapado el rostro con la servilleta.

¿Es preciso añadir que Marcel Lornans se casó la siguiente semana con Luisa, que ni él ni Juan Taconnat figuraron nunca en las listas del 7º de cazadores de África?

Pero se dirá: esto acaba como un *vaudeville*. Pero ¿qué es esta novela más que un *vaudeville* sin canciones, y con el desenlace obligado de una boda en el momento en que cae el telón?

**FIN**